

Luis Mariano de Barra

ESTUDIO DEL NATURAL.



ESTUDIO DEL NATURAL,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Representado en el teatro del Circo el día 14 de Febrero de 1863.



JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. LORRAS

N.º de la procedencia

4509

MADRID:

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1863.

PERSONAJES.

ACTORES.

ISABEL, 34 años.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
MATILDE, 15.....	DOÑA ELISA BOLDUM.
EL CORONEL, 60.....	D. JOAQUIN ARJONA.
EDUARDO, 38.....	D. MANUEL OSSORIO.
CÁRLOS, 25.....	D. RAFAEL CALVO.

Año de 1862.—El primer acto en casa del Coronel; el segundo y tercero en casa de Eduardo.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Loscomisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.


Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA MEMORIA

DE FERNANDO OSSORIO,

El Autor.

722664



Digitized by the Internet Archive
in 2020 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ACTO PRIMERO.

Jardin pequeño. Á la izquierda del actor la fachada de la casa con puerta y ventana practicables. Un emparado sobre la puerta y persianas de cortina en la ventana. Bancos y sillas rústicas alrededor de un velador. Tapia al foro, con puerta grande de hierro calada, por la que se vé el campo. Á la derecha un cenador y la prolongacion del jardin.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, MATILDE, CÁRLOS, entrando á la escena por el foro derecha en traje de mañana.

MAT. Aun era temprano.

CARLOS. Si.

MAT. No hay nadie en casa: ¿lo ves? (Á Isabel.)

ISABEL. Es que á pesar de tu empeño
no me sentia muy bien.

MAT. ¿Y por qué no lo has dicho antes?

ISABEL. Era cansancio tal vez
y asustarte no queria:
ya estoy mejor.

(Sentándose y quitándose el sombrero de paja.)

CARLOS. Puede ser
que el fresco de la mañana
le haga á usted daño.

ISABEL. No á fé.

MAT. Mamá ha padecido mucho en Madrid: estuvo un mes á la muerte, y desde entonces nunca está del todo bien. Por eso papá dispuso, (Con volubilidad.) fundado en el parecer de los médicos, cambiar de país...

ISABEL. Niña, ¿no ves que abusas de la bondad de este caballero?

CARLOS. ¿Qué?
Señora, por Dios, yo tengo (Con galanteria.) un verdadero placer en que ustedes me dispensen su amistad. Mi padre es desde sus mas tiernos años amigo del Coronel, y á mí don Pedro me quiere como á un hijo. Es un deber en mí amar á su familia, y quiero cumplir con él.

ISABEL. Gracias.

CARLOS. Decia Matilde...

MAT. Nada mas: que papá al ver (Se quita el sombrero y le coloca sobre un velador con las sombrillas de ambas.) la precision absoluta de viajar, hizo bien en pensar en su país.

CARLOS. Veo que le gusta á usted...

MAT. ¡Es el cielo de Aragon tan puro! Tan bella es (Con expansion.) la campiña, y es tan franca la gente, que ni una vez he echado á Madrid de menos desde que salimos de él.

CARLOS. ¡Orgullosa debe estar mi patria!

ISABEL. Matilde fué siempre al campo aficionada: le gusta la sencillez

mas que el lujo cortesano,
y aunque á su edad raro es,
quiere tener mas que galas
libertad para correr.

¡Es muy niña todavía!

MAT. No, mamá: dentro de un mes
cumpló ya diez y seis años.

Edad tengo para hacer
lo que otras muchas; pensar
solo en bailes y en soirées,
echar de menos las noches
de Madrid, y su tropel
de vestidos... de teatros...
y visitas... ya yo sé

que es extraño, pero yo
si te pudiera tener
siempre á mi lado, y contigo

(Mirando á Carlos.)

á aquellos que quiero bien,
vivir quisiera aqui siempre;
te lo juro!...

CARLOS. (¡Un ángel es!)

ISABEL. No hace todavía un año
que estamos aqui. Tal vez
otro mas, cambiar te haria
de propósitos.

MAT. ¿Por qué? (Sorprendida.)

ISABEL. Llega una edad en la vida
en que anhela la mujer
cambiar por otros afectos
los que tuvo en la niñez...
y entonces...

MAT. ¡Oh! si es por eso...

¡yo como cambiar no sé!

(Mirando á Carlos con intencion.)

ISABEL. El dia menos pensado
te casarás.

MAT. Puede ser. (Bajando los ojos.)

ISABEL. Y si tu esposo te lleva
á Madrid, ó su interés
fuera de estos bellos sitios
le obliga á permanecer...

- ¿qué harías sino dejarlos?
MAT. ¿Qué haría?
- ISABEL. ¡Vamos á ver!
- MAT. Vivir con él y contigo,
ó no casarme.—¡Eso es!
- ISABEL. ¿Qué entiendes tú? (Sonriendo.)
- MAT. ¿Digo mal?... (Á Carlos.)
- CARLOS. Á mí me parece bien;
pero en el hombre hay deberes,
si ternura en la mujer,
y es fácil que sucediera
lo que su mamá de usted...
- MAT. ¡Ah! ¿Conque usted se figura
que iba yo á dejar de ver
por un extraño á mi madre?
- CARLOS. Yo...
- MAT. Pues se equivoca usted:
el que me quiera, ya sabe
que se queda aqui tambien:
que no me caso; mamá. (Á Isabel con enojo.)
- ISABEL. No te incomodes, mujer. (Sonriendo.)
Aun no ha llegado ese caso.
- MAT. Por si llega.
¡Usted ya vé (Á Carlos.)
la gravedad de mi hija!...
- CARLOS. Veo que fuera crüel
querer separar á ustedes.
- ISABEL. ¿Viene usted hoy á comer
(Variando de conversacion.)
con nosotros?
- MAT. ¿Pues si es miércoles,
(Con rapidez.)
no ha de venir?
- CARLOS. (Á Isabel.) Verdad es.
- ISABEL. Entonces ya es abusar
detenerle mas.
- MAT. ¿Por qué?
- ISABEL. ¡Niña!
- CARLOS. Ustedes nunca abusan.
- ISABEL. No importa.
- CARLOS. No insistiré.
- MAT. Hasta luego... (¿Y pronto?...)

CAELOS. (Idam aparte á Matilde.) (Pronto.)

(Ap. con rapidez á Cárlos.)

ISABEL. ¡Vaya, adios! (Á Cárlos.)

CARLOS. (Saludando.) Hasta despues.

(Váse por el fondo.)

ESCENA II.

ISABEL, MATILDE, que con distraccion fingida se acerca á la puerta del foro y mira alejarse á Cárlos haciéndole señas.

ISABEL. ¡Matilde! (Llamándola.)

MAT. ¿Mamá? (Sorprendida.)

ISABEL. ¿Qué haces?...

MAT. ¿Yo? nada: ¿qué quieres? (Bajando al proscenio.)

ISABEL. Ven;

siéntate á mi lado; asi. (Se sienta Matilde.)

¿Sabes que dentro de un mes
hace un año que salimos
de Madrid?

MAT. ¡Oh, bien lo sé!

Ha sido aqui tan tranquila
nuestra vida, y padecer
te he visto allí tanto, tanto,
que tiemblo, no sé por qué,
solo al pensar, mamá mia,
que pudieramos volver.

ISABEL. Esta casa, sin embargo,
no es la nuestra.

MAT. El Coronel
te quiere como á una hija,
mas que á su hijo...

ISABEL. Si á fé.

MAT. Y yo á pesar de su genio
le amo mucho.

ISABEL. Y yo tambien.

MAT. No nos ha dicho mil veces,
«vosotras dos no volveis
»á Madrid: si un dia mi hijo
»se empeña en que ha de volver,
»él irá solo, mi nieta
»y mi hija no van con él!»

ISABEL. Cierto: pero su cariño

no es razonable... ya ves...
si tu padre precisado
á salir de aqui se vé,
natural es que se lleve
á su hija y su mujer.

MAT. Mamá, yo te quiero mucho
y obedecerte sabré,
no prefiriendo egoista
mis gustos á mi deber.
Pero si papá algun dia
de aqui se vá, créeme,
por cuanto ames en el mundo
haz, mamá, por no volver.

ISABEL. ¿Tan dichosa eres aqui?

MAT. (Bajando la voz.)
¡Mamá del alma! yo sé;
callandito, que fiada
en mi loca sencillez,
en mis pocos años, nunca
darme quisiste á entender
tus penas.

ISABEL. ¡Oh! mi salud...

MAT. Si; pero yo sé muy bien
que nunca me has dado un beso
con ojos enjutos. Sé
que has pasado muchas noches
presa de insomnio crüel
entre el llanto de mañana
y los suspiros de ayer:
que has sido muy infeliz,
yo no pregunto por qué,
que las penas han minado
tu salud con rapidez,
y que á pesar de tu heróico
silencio, un mes y otro mes,
lo que á la niña ocultabas
observaba la mujer.

ISABEL. (Sonriendo.)

¡Aprensiones tuyas!...

MAT. (Con amargura y conviccion.) No;
¡yo te lo juro!

ISABEL. (Con rapidez y temor.) Pues bien,

tú nada has visto.

MAT. No quiero verte sufrir otra vez.

ISABEL. Á eso nacemos al mundo, no hablemos mas.

MAT. Callaré.

ISABEL. (Con sonrisa forzada.) Yo comprendo lo que pasa; tú ya empiezas á tener tus ilusiones y ocultas algun secreto tambien.

MAT. ¡Yo!

ISABEL. Cárlos es buen muchacho, muy servicial, muy cortés. (Con intencion.)

MAT. Cierto. (Disimulando.)

ISABEL. Tu abuelo y su padre son muy amigos.

MAT. No sé...

ISABEL. Él es rico, honrado, bueno: tú eres bella... ¿digo bien?

MAT. Sigue.

ISABEL. Por eso sin duda temes dejarle de ver, y quieres que estemos siempre con el abuelo.

MAT. (Con tristeza.) ¿Por qué me dices eso, mamá? ¿Y has podido suponer que solo por egoismo quiero estar aqui? (Conmovida.)

ISABEL. ¡No, ven!

(Levantándose y queriendo abrazarla.)

MAT. ¡Me has hecho daño, mamá! (Llorando.)

ISABEL. Fué una chanza.

MAT. Muy cruel.

ISABEL. ¡Vamos!... no seas rencorosa...

MAT. Yo te juro...

ISABEL. Abrázame.

(Se abrazan é Isabel la limpia los ojos con su pañuelo.)

ESCENA III.

{ DICHAS, el CORONEL, por la puerta de la casa.

- COR. ¿Ya de vuelta?
- MAT. Abuelo. (Yendo á saludarle.)
- ISABEL. (Sentándose otra vez.) Si.
- COR. ¿Qué es esto? ¿estamos llorando? (Á Matilde.)
- MAT. No, sino que aqui charlandó... (Rápidamente.)
- COR. Es que nadie llora aqui.
- MAT. Justo; si no era llorar.
- COR. ¿Y tú? (Á Isabel.)
- ISABEL. Como siempre, buena.
- MAT. Esta atmósfera serena
nunca convida á enfermar.
- COR. ¿Ha sido hoy largo el paseo?
- ISABEL. Hasta el cerro de la ermita.
- COR. ¡Hola!
- MAT. Mamá necesita
mucho tiempo de recreo.
- COR. ¿Ella, ó tú? (Con intencion.)
- MAT. Vamos, las dos.
- COR. Eso es decir la verdad.
- MAT. ¡Es tanta la variedad
que dá á sus mañanas Dios!...
Y está el campo tan hermoso
y con tanta flor la vega,
que con pesadumbre llega
el instante del reposo.
- COR. ¿Fuisteis solas?
- MAT. Sin buscarlos
hay amigos.
- COR. Es verdad.
- ¿Y quién?
- MAT. Por casualidad
nos encontramos á Cárlos.
- COR. Ya es historia extraordinaria;
y si se dá en repetir,
creo que vais á salir
á casualidad diaria.
- MAT. No viene siempre.

- COR. ¿Y qué hacer? (Con ironía.)
si se encuentra á vuestro lado.
- MAT. Ni vino el jueves pasado
(Con sencilla expansión.)
ni tampoco antes de ayer.
- COR. Bien llevas la cuenta.
- MAT. ¡Yo!
- COR. ¡Estos niños!...
- MAT. Crea usted...
- ISABEL. Él nos hace la merced
de irnos distraiendo.
- COR. ¡Oh!
- MAT. De todo malicia ¿ves? (Á Isabel.)
el abuelo...
- COA. ¡Yo! no tal.
Es un encuentro casual...
¡de veinte días al mes! (Sonriendo.)
- MAT. Bien, pues yo culpa no tengo. (Enojada.)
- COR. Quién te la echa á tí tampoco?
Cárlos no es un jóven loco,
y á que os aprecie me avengo:
hijo es de padres honrados,
ha acabado su carrera
y hará feliz á cualquiera...
(No estamos equivocados.) (Ap. á Isabel.)
¿Y mi hijo?
- MAT. ¿Quién, papá?
tal vez durmiendo.
- COR. No á fé;
le ví salir y aun traté
de alcanzarle... pero ¡cá!...
El camino real siguió,
y yo creí que os buscaba.
- ISABEL. No le hemos visto.
- MAT. Hoy estaba
durmiendo cuando entré yo,
y no quise despertarle
como tan tarde se acuesta.
- COR. (¿Aun aguarda tu respuesta?) (Ap. á Isabel.)
- ISABEL. (Si, y hoy mismo pienso hablarle.)
(Matilde entra en la casa con los sombreros y som-
brillas que estaban sobre el velador.)

- COR. Pena me dá verle triste
y temor su afan eterno.
- ISABEL. Esta vida es un infierno
para él.
- COR. Tú lo quisiste.
- ISABEL. ¿Qué debí hacer?
- COR. Es verdad:
y de mí partió el consejo;
pero la vida de un viejo
solo conviene á mi edad.
Le veo sufrir y callo:
pienso en ayer y me aterro,
y él calla y sufre este encierro.
- ISABEL. Yo tan bien aqui me hallo,
soy tan feliz al mirar
la calma que nos rodea,
que me horroriza la idea
de tenerla que dejar.
(Vuelve á salir Matilde y se dirige á la verja del foro.)
- COR. Ya es otro hombre,
- ISABEL. Puede ser...
(Con incredulidad.)
- COR. ¿Lo dudas?
- ISABEL. (Con amargura.) ¡Tanto juró!...
- COR. De cerca el castigo vió.
- ISABEL. Si quiere ¿qué hemos de hacer?
- MAT. (Desde el foro.)
Ya viene papá.
- COR. (Á Isabel.) Por eso...
- ISABEL. Bien; usted haga de modo...
- COR. Aqui estoy yo para todo.
- MAT. Muy buenos dias: ¿y el beso?
(Á Eduardo, que entra distraido y se detiene al ver que Matilde le presenta su frente. La besa y baja al proscenio preocupado.)

ESCENA IV.

DICHOS, EDUARDO.

EDUARDO. ¡Adios!

(Se dirige al velador y se sienta despues de quitarse el sombrero.)

MAT. Trae... ¡sudando vienes!
(Coge el sombrero y entra en la casa.)

EDUARDO. Anduve mucho.

COR. ¿Has notado
los árboles del cercado?...
¡estan de fruta!

ISABEL. (Acercándose.) ¿Qué tienes?

EDUARDO. Calor.

COR. Desgajarse vi
ayer dos ramas ó tres...

EDUARDO. No los he visto.

COR. Despues
De almorzar iremos.

EDUARDO. (Con sonrisa irónica.) Si.

COR. De ellas... ¡Matilde!...

(Llamando y como si se le ocurriera una idea.)

MAT. (Saliendo de la casa.) Aquí estoy.

COR. Ven conmigo.

MAT. ¿Adónde vamos?

COR. Á coger fruta.

MAR. (Con alegría.) Corramos.

(Dirigiéndose al foro.)

COR. Espera.

MAT. La única soy
para tan grata faena.

ISABEL. ¿Tanto te gusta?...

MAT. ¿Pues no?

en el árbol pruebo yo
si en la mesa estará buena!

ISABEL. No te hagas daño.

MAT. El abuelo

del canastillo se encarga,
y yo en la escalera larga
parece que escalo el cielo...

COR. (Aprovecha la ocasion.)

(Ap. á Isabel, que no atiende á nada de lo que se habla.)

ISABEL. (Está como siempre.)

COR. (Si,
vé, despues me toca á mí.)

¡En marcha! (Á Matilde.)

MAT. ¡Devastacion!

(Se van por el foro.)

ESCENA V.

EDUARDO, ISABEL.

EDUARDO. ¡Gracias al cielo! Isabel.

(Levantándose con ansiedad.)

ISABEL. Eduardo. (Acercándose.)

EDUARDO. Necesitaba

hablarte, y de hoy no es posible
que pase.

ISABEL. Ya puedes; habla.

EDUARDO. Isabel. Yo ya no creo

que dudes de mí.—Mis faltas,

mis extravíos han sido

horribles... ¡lo sé!... Aun me abrasa

la memoria de mi vida

y el recuerdo de tus lágrimas.

Pero hoy soy otro hombre; créeme,

el hombre de menos alma

se purifica al herirle

el soplo de la desgracia.

Y yo he vivido once meses,

tú lo has visto, sin que en nada

mi firme arrepentimiento

haya cejado.

ISABEL. La casa

de tu padre era un santuario,

y esa no es razón.

EDUARDO. Tu amarga

duda me traspasa el pecho...

ISABEL. ¡Eduardo! cuántas palabras
has quebrado en este mundo!

EDUARDO. Si, ya lo sé: mas repara

nuestra vida. Yo era jóven,

rico, independiente. ¡Abraza

de tal manera á los hombres

el vicio! Mi padre estaba

en la guerra. Yo sin madre

que por mis pasos velara,

como todos los muchachos
amé el juego.—Él embriaga,
fascina.

(Sintiéndose conmovido á pesar suyo.)

ISABEL. ¡Eduardo!

EDUARDO. (Con seguridad.) No temas.
Te ví: te amé. Nuestras almas
se entendieron; y mi padre,
concluida la campaña,
nos casó, y en su país
volvió á fijarse.

ISABEL. ¡Á qué tratas
de recordar unos días
del bien pasajeras ráfagas?

EDUARDO. Es mi confesion, y quiero
que á brillar vuelvan...

ISABEL. ¡Dices lo haga!

EDUARDO. ¡Oh! me impacienta tu duda. (Con enojo.)

ISABEL. Sigue. (Con resignacion.)

EDUARDO. La riqueza es causa
de la inaccion.—Yo era rico,
tu dote cuantioso: cansan
pronto al que es jóven los goces
de la familia, y mi alma
necesitaba ancho campo
donde vivir.—Por desgracia
un dia jugué, y el juego
volvió la mal apagada
pasion á encender de nuevo.
Triste es lo demas.

ISABEL. ¡Oh! vanas
fueron todas mis angustias,
mis llantos, mis amenazas.
«Es la última vez,» decias,
y otra vez con nueva rabia,
tras de juramentos nuevos,
á tu vicio te entregabas.
«Es la herencia de tu hija.»
¡Nada!

EDUARDO. ¡Si! (Avergonzado.)

ISABEL. «Eduardo, repara
»que es tu honra la que pierdes

»con tu fortuna á una carta.»
Todo inútil.—¡Oh, perdona!
te has arrepentido y basta;
mas brota sangre la herida
y tú has querido tocarla.

EDUARDO. Cierto; tras la lucha eterna
de mi pasión, de mi casa
llegó la ruina: era el término
de tu paciencia. Guardabas,
como guardas hoy, tu dote,
y acogiéndote á una tabla
en el naufragio, á mi padre
acudiste.

ISABEL. Se trataba
de mi hija... Yo sin ella
te ie hubiera dado.—Basta.

EDUARDO. Acudimos á mi padre...
¡horrible castigo! y francas
me abrió sus puertas. Aquí
hemos vivido, y mis canas
antes de tiempo te dicen
si ha sido la prueba larga.
Siendo aun pobres, yo podría
vivir aquí aunque me amarga
la idea de que mi padre
fuese el sosten de mi casa.
Pero ya que el pobre conde
su hermano, que en paz descansa,
me instituyó su heredero
hace tres meses, y tanta
otra vez es mi fortuna
como otros días, me causa
vergüenza que aquí sigamos
de esta manera. Se trata
de mi dignidad. Yo quiero
borrar mis antiguas faltas,
administrar mi fortuna,
darte fausto, lujo y galas
por todo lo que has sufrido;
ver á mi hija halagada
por todos; ser, en fin, padre,
que aun no lo he sido.

ISABEL.

Si tratas
de mi dicha, aqui se encuentra
la paz que anhela mi alma;
si de la suya, tal vez
aqui el cielo se la guarda.

¿Qué te importa de Madrid
el oropel? Vive, labra
en tu pais, compra haciendas,
ocúpate en cultivarlas.

Aqui tambien puede un rico
hacer por sí y por su patria.

(Con cariñosa insistencia.)

Créeme, Eduardo, la dicha
no está en la vida agitada
de Madrid, aqui la tienes
y es malo desperdiciarla.

EDUARDO. Isabel, yo ya soy otro;

te juro y te doy palabra
de no volver en mi vida
á hacerte verter mas lágrimas:
pero aqui me ahogo: quiero
volver á mi centro: francas
tengo allí de la política
las puertas, y no en la falsa
inaccion que al hombre enerva
y vicia dejaré el alma.

De eso, á vivir encerrado
aqui, es grande la distancia.

(Con empeño.)

y yo que puedo y que debo
quiero cuanto antes salvarla.

ISABEL.

Quiera Dios, Eduardo mio,
que si á otra vida te lanzas,
de la decision que hoy tomas
no te arrepientas mañana.

EDUARDO. Ya es terquedad.

ISABEL.

No lo creas...

(Con dolor.)

yo te aconsejo y tú mandas.

EDUARDO.

No mandar, no: mas mi hija,
¿qué hace aqui? ¿Yo qué soy... nada;
un cualquiera! ¡Un hijo pródigo!

no es decoroso.

ISABEL. Ya basta.
hágase tu voluntad
y Dios con nosotros váya

EDUARDO. (Con expansion y dejándose llevar por sus ideas.)
¡Oh! tú verás. Lo primero
es alhajar nuestra casa;
tú elegirás muebles, joyas...
cuanto quieras! Vamos, anda;
prepáralo todo.

ISABEL. Deja
unos días.

EDUARDO. No, ya es tanta
mi impaciencia, que no vivo
sino con esa esperanza.

ISABEL. Eduardo, sólo una cosa
te digo: si en hora aciaga
vuelves...

EDUARDO. ¡Por Dios! ya te he dicho...

ISABEL. Que yo no lo sepa.

EDUARDO. Vana
es tu aprension.

ISABEL. Mucho te amo;
pero el día que notara
la verdad, aquí con mi hija
volveria.

EDUARDO. Por Dios, basta:
¿me crees tan necio que fuera
á exponer?...

ISABEL. Es delicada
mi salud, y á nuevas pruebas
no podria sujetarla.

(Aparece en el foro el Coronel, y baja al proscenio.)

EDUARDO. Yo te juro que al pedirte
hoy perdon, quiero que caiga
la maldicion de mi padre
sobre mí, si nuevas faltas
al precipicio me vuelven,
de donde tu voz me arranca.

COR. (Colocándose en medio, con solemnidad.)
Yo el juramento recojo.

EDUARDO. ¡Padre! (Turbado.)

COR. Vete, hija. (Á Isabel.)
ISABEL. (Mirando al cielo.) ¡Dios lo haga!
(Se vá por la puerta de la casa.)

ESCENA VI.

CORONEL, EDUARDO.

EDUARDO. Señor...

COR. Sin haberte oído,
supongo qué habrás hablado...

EDUARDO. ¡Padre!

COR. No está mal pensado,
si al bien estás decidido.
Yo comprendo la razon,
y adivino que á tu edad
se anhela la sociedad
y otra activa ocupacion.
Pero al intentar partir
del techo que te ha amparado,
la voz de este viejo honrado...
de tu padre, vas á oír.
Tal vez si vuelves al mundo
se perderá en el vacio.

EDUARDO. Siempre la oí, padre mio,
con el amor mas profundo.

COR. No basta, Eduardo, escuchar
la voz de un padre, ¿qué menos?
La conducta de los buenos
es necesario imitar.

EDUARDO. ¡Oh! ya estoy arrepentido
de todo el mal que causé.

COR. Y yo, que te perdoné,
el mal que me hiciste olvido.
Pasado el primer momento
de mi justa indignacion;
dejé sola á tu razon
labrar tu arrepentimiento;
y olvidando tus agravios,
no habrás visto con enojos
ni una mirada en mis ojos,
ni una palabra en mis labios.

EDUARDO. Cierto.

COR. Labré á tu virtud
senda nueva... ¡alto destino!...
y rodeé tu camino
de tierna solicitud.

EDUARDO. Cierto, padre.

COR. Tal vez Dios,
de tu enmienda convencido,
á nueva prueba ha querido
sujetarnos á los dos.
Y al darte mi pobre hermano
la fortuna que perdiste,
hoy tu porvenir existe
en tu poder y en tu mano.
Ahora bien, si en tu conciencia
no está del todo apagada
esa pasión desgraciada
que te trajo á la indigencia;
si aun en tu ser, mal dormida
la voz te llama del juego,
Eduardo, yo te lo ruego,
no quieras cambiar de vida.
Esta monótona calma
aleja al hombre del vicio,
y mas en el sacrificio
puede acrisolarse el alma.
Vive aquí; sé activo, inventa,
trabaja y serás dichoso...
eres hijo, padre, esposo...
ten mis consejos en cuenta.

EDUARDO. No tema usted; yo prometo
al trabajo dedicar
mi existencia y alcanzar
del mundo aplauso y respeto.
No soy ya el jóven que un dia,
inexperto, inadvertido,
dió por desgracia al olvido
lo que al cielo le debia.
Ya la experiencia me ha dado
la calma que me faltaba,
y mi extravio se acaba
al concluir mi pasado.

Mas bueno se logra ser
en todas partes, señor,
y yo no puedo en rigor
vivir aqui con placer.
Necesito respirar
menos limitado ambiente;
yo á este pais, á esta gente
no me puedo acostumbrar.
Es el mio... bien lo sé;
pero yo otro he conocido,
y pues siempre allí he vivido,
allí, padre, moriré.

CERO. Haz tu gusto; pero advierte
que yo desde aqui te espio,
que tu conducta, hijo mio,
puede acelerar mi muerte.
Que ésta tu nueva fortuna
como aquella que perdiste,
al trabajo las debiste,
no al esplendor de tu cuna.
Tus buenos antepasados
trabajaron de contino
para librar tu camino
de miseria y de cuidados.
Mas debes á su memoria
hacer de ellas un buen uso;
Dios en tus manos las puso
no como una ejecutoria,
sino para hacer el bien
que todos los ricos pueden,
aumentarlas y que queden
para tus hijos tambien.
¿Me prometes trabajar
y resistir con valor?

EDUARDO. Doy mi palabra de honor (Con solemnidad.)
de no volver á jugar.

CORO. Basta! Ese empeño sagrado
con tu padre has contraido.
¡Un abrazo! Dios te ha oido,
y cual yo te ha perdouado.
(Lo abraza y se vá por la puerta de la casa.)

ESCENA VII.

EDUARDO. con la mayor alegría.

¡Oh! si: no mas neciamente.
iré á exponer mi riqueza;
pero hoy otra vida empieza,
y me está ahogando este ambiente!...
Yo nací para vivir
en el centro, en sociedad;
me mata la soledad...
y hoy mismo quiero partir.

ESCENA VIII.

EDUARDO, MATILDE con un canastillo de frutas que deja en la mesa.

MAT. ¡Papá!...

EDUARDO. Abrazame, hija mia.

(Carriendo á ella.)

MAT. ¡Qué alegre estás hoy!

EDUARDO. ¡Pues no!

y tú vas á estarlo. (Bajándola al proscenio.)

MAT. ¿Yo? (Sorprendida.)

EDUARDO. ¡Deja tu melancolia!

MAT. Si yo estoy siempre contenta...

EDUARDO. ¡Oh! no finjas.

MAT. No, papá. (Con sencillez.)

EDUARDO. Vamos, alégrate ya.

MAT. Pero...

EDUARDO. Ignoras.

MAT. Todo: ¡cuenta!

EDUARDO. Ayuda á tu madre á hacer
el equipaje al momento.

MAT. ¿Qué? (Con temor y sobresalto.)

EDUARDO. Es preciso... luego...

MAT. Siento

una angustia al comprender...

EDUARDO. ¡Vamos á Madrid! (En el colmo de la alegría.)

MAT. (Con la mayor tristeza.) ¡Dios mio!

EDUARDO. Te alegra mucho, ¿verdad?

MAT. Si. (Conteniendo sus lágrimas.)

EDUARDO. ¿Lo ves? La sociedad
curará pronto tu hastio.
¡Tendrás otra vez las galas
que adornaban tu belleza!...
Si, mañana mismo empieza
tu vida á tender sus alas.
Tu madre y tú volveréis
á ser reinas del buen tono,
y, vamos, no me perdono
lo que aqui sufrido habeis.

MAT. Si yo...

EDUARDO. (Dominando su emocion.)
El médico asegura
que ya Isabel está buena,
y esta atmósfera serena
mas salud no la procura.
Con que prepárate á ser
la joya de mis salones...
y deja á tus ilusiones
su ancho campo recorrer.

MAT. Bien, papá... (Casi llorando.)

EDUARDO. De gozo apenas
puede hablar, y se comprende.
¡Pobrecilla!

MAT. Pero atiende.

EDUARDO. No mas llanto ni mas penas.

MAT. Ya solo saber deseo...

EDUARDO. Bien, no te detengas; vamos.

MAT. ¿Sabes ya cuándo marchamos?

EDUARDO. Hoy, en llegando el correo.
(Entra en la casa.)

ESCENA IX.

MATILDE.

¡Hoy! ¡Dios mio! y se figura
que yo estaba tan contenta.
¡No me ha mirado! en mis ojos
visto hubiera mi respuesta.

¡Otra vez á aquella vida!...
¡y mi pobre madre!... muerta
estará; sin duda alguna
volverán allí sus penas
y las mias... ¡Vamos!...

(Llorando y sentándose junto al velador.)

CARLOS. (Entrando por el foro.) ¡Hola!

ESCENA X.

MATILDE, CARLOS.

¿Se descansó?

MAT. (Levantándose.) ¡Esta es mas negra!

CARLOS. ¿Qué es eso? (Con interés.)

MAT. ¿Qué? que nos vamos.

(Con desconsuelo infantil.)

CARLOS. ¿Dónde? (Sorprendido.)

MAT. Á Madrid.

CARLOS. ¿Y son esas
lágrimas por la partida?

MAT. ¿Eh? (Sorprendida y sin entenderle.)

CARLOS. ¡Cuánto gozo con ellas! (Con pasión.)

MAT. Pues muchas gracias: y yo
que esperaba que sintiera...

CARLOS. Aquí y allí los que se aman
muy fácilmente se encuentran.

MAT. ¿Ah? usted irá. (Con alegría.)

CARLOS. Yo no puedo
vivir sin usted.

MAT. Promesas...
palabras...

CARLOS. Siempre las cumple
quien las pronuncia de veras.

MAT. Vaya; entonces menos malo.

CARLOS. Soy rico: mi bien desean
mis buenos padres y nada
de cuanto anhelo me niegan.
Tal vez contribuya mucho
á nuestra dicha esta ausencia.
Yo los hablaré, y si cuento
con su amor de usted, si deja
que su mano pida...

- MAT. (Turbada.) Yo...
Yo... vamos, si usted se empeña...
¡Pero eramos tan felices
aqui!... Con cuánta tristeza
cambiaré esta libertad
por aquella vida inquieta!
- CARLOS. Aqui volveremos.
- MAT. ¡Vamos!
y yo aqui hablando, y me esperan
para arreglar. Cárlos... (Dándole la mano.)
- CARLOS. ¡Te amo! (En voz baja.)
¿y tú? (Besándosela.)
- MAT. ¿Yo?... me dá vergüenza...
- CARLOS. ¿Si?...
- MAT. ¡Tambien te quiero mucho!...
(Con rapidez y sin mirarle.)
(Ya la perdí—quien empieza...)
- ISABEL. ¡Matilde!
(Sale por la puerta de la casa. Cárlos se esconde por
entre los árboles.)
- MAT. ¡Mamá!

ESCENA XI.

ISABEL, MATILDE, CÁRLOS escondido.

- ISABEL. Ya sabes...
- MAT. ¡Oh! ¿por qué lloras...
- ISABEL. Si vieras
con qué dolor de aqui salgo.
- MAT. Yo tambien.
- ISABEL. Vamos, arregla
tu neceser...
- MAT. ¿Qué? ¿tan pronto?
- ISABEL. Á Zaragoza se llega
en el tren en media hora,
y como no hay otro, es fuerza
salir hoy para alcanzar
mañana la diligencia.
(Al ir á entrar en la casa sale el Coronel.)
- MAT. Bien.—Abuelo, yo no quiero (Llorando.)
marcharme... tambien es buena...

ESCENA XII.

ISABEL, MATILDE, CORONEL, CÁRLOS escondido.

COR. Ya te traerán á menudo,
iré yo á verte.

MAT. Ah! se quedan
mis palomas... que las cuiden.

COR. Descansa.

MAT. Que siembren fresas
para mí.

COR. Bien, hija mia.

MAT. (Vamos... si marcha mas necia...)
(Entra en la casa sollozando.)

ESCENA XIII.

CORONEL, ISABEL.

ISABEL. ¿Le habló usted?

COR. Si; y me ha jurado.

ISABEL. Tambien á mí. Usted espera...

COR. Confio; de todos modos
no olvides mis advertencias.
Escríbeme en el momento
que notes algo. No seas
débil; tu hija antes que todo.
Energia, fortaleza,
y cuenta conmigo.

ISABEL. ¡Padre!
siento dejar esta aldea,
donde he vivido once meses
dichosa sobre la tierra.
No sé qué presentimiento
al dejarla me atormenta.
¡He sufrido tanto!

COR. Vamos,
el corazon exagera.

ISABEL. Cuento con usted.

COR. En todo;
una palabra, dos letras
y vuelo á tu lado. Guarda

tu dote, que esa es la herencia
ó el porvenir de tu hija,
suceda lo que suceda.

ISABEL. ¡Qué vida!

COR. Siempre recoge
dolores quien virtud siembra.
Valor, que Dios no abandona
nunca al bueno.

ISABEL. ¡Que él lo quiera!

COR. Eres un ángel; mi hijo
no te ha merecido: eterna
es mi admiracion, y un viejo
dobla ante tí la cabeza.

(Inclinándose delante de ella.)

ISABEL. ¡Padre y señor! (Abrazándole.)

COR. ¡Hija mia!

ISABEL. Es verdad; Dios siempre premia!

ESCENA XIV.

DICHOS, EDUARDO y MATILDE por la casa: se ven pasar por el foro mozos con equipajes. Matilde dá á su madre el sombrero, ella le saca puesto. Eduardo lleva la cartera de viaje.

EDUARDO. Vaya, el tiempo no perdamos.

ISABEL. Cuando quieras.

MAT. (Mirando por todas partes.) (No le veo.)

EDUARDO. ¡Padre! (Acercándose al Coronel.)

COR. (Abrazándole.)

Cumple mi deseo,
nada mas ambicionamos...
Yo no voy á despediros
porque no quiero llorar... (Conmovido.)
aquí está mi pobre hogar
siempre pronto á recibirlos.

MAT. ¡Abuelo! (Llorando al abrazarle.)

COR. Vaya, hija mia,
sé buena... quiere á tu padre...
é imita en todo á tu madre:
pocas hay como ella hoy dia.

EDUARDO. Mi Isabel!... (Cogiéndola la mano.)

MAT. Mamá... (Yendo á ella.)

- ISABEL. ¡Por Dios!...
Vaya... Papá, hasta más ver.
- COR. ¡Hija!! ¡hijo!!
- MAT. (¡Y no volver!)
(Mirando con rabia al foro.)
- COR. Sed venturosos los dos.—
Esto á mi edad es crüel...
- TODOS. ¡Adios!
(Se dirigen al foro Eduardo, el Coronel é Isabel. Matilde, que vá detrás, se encuentra con Cárlos, que sale de detrás de un árbol.)
- MAT. ¡Ah! (Con alegría, dándole la mano.)
- CARLOS. (¡Diez días!) (Ap., con rapidez.)
- MAT. (¡Si!)
- ISABEL. (¡Señor, ten piedad de mí!) (Al irse.)
- COR. (¡Dios mio, vela por él!)
(Salen por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala pequeña, amueblada con gusto y elegancia. Sillo-
nes, cuadros, portieres. Puerta al foro y laterales. Á
la izquierda un balcon en segundo término. Un se-
creter de señora en el mismo lado. Á la derecha un
boureau de hombre en primer término, y una puerta
en segundo. Una lámpara encendida sobre un velador
ilumina la escena. En el foro se vé otra habitacion
amueblada, por la que se pasa para entrar á la esce-
na. Otra lámpara encendida y colocada en una con-
sola de esta habitacion, la alumbra tambien.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, MATILDE.

Es de noche. Matilde borda á un lado del velador, é Isabel,
vestida con un hábito del Cármen, la mira bordar.

MAT. Bien, y eso te probará
que yo no soy exigente.

ISABEL. ¡Yo si lo soy para tí!

MAT. Mira, mamá, las mujeres
deben hallar en su casa,
tú me lo has dicho mil veces,
mas goces que en las ajenas:

¿no es así?

ISABEL.

Cierto.

MAT.

Pues eres

apóstata en tus principios,
si hoy lo contrario defiendes.

ISABEL.

No es eso: mujer casera
y arreglada como eres,
necesitas á tu edad
darle lo que le conviene.
No quiero yo que en los bailes
y los trajes solo pienses;
pero de eso á estar metida
en estas cuatro paredes,
á no ir á ninguna parte,
á preferir estar siempre
á mi lado, hay gran distancia,
Matilde.

MAT.

Mamá, si vieses

el placer que á mí me causa
verte dichosa y alegre,
no tendrías ese empeño
en que yo me divirtiese
fuera de casa. Yo bordo
y tú me miras: me adviertes
si lo hago mal, pongo empeño
en enmendarme: otras veces
salgo contigo á paseo:
la noche que papá vuelve
temprano toco el piano,
canto... ¡vamos! ¿qué mas quieres?
¿Tengo yo acaso la culpa
si mi alma no se divierte
cuando no estoy á tu lado
hablando contigo y viéndote?

ISABEL.

¡Tú eres un ángel, Matilde!

MAT.

Si lo soy, Dios te lo premie;
tú me has enseñado á serlo,
y torpe es él que no aprende
cuando su madre le enseña.

No hablemos de eso. ¿Me quieres?

SABEL.

¡Mas que á mi vida, hija mía!

MAT.

Cuando alguna frase vierten

tus labios para probarme
el cariño que me tienes,
siento un orgullo, que te hablo
como si mi hermana fueses,
y ni un solo aliento mio
deja de pertenecerte.

ISABEL. ¿Si uno solo? (Con malicia.)

MAT. (Sonriendo.) ¡Ya te entiendo!
pero, aunque es verdad, advierte
que tú misma has consentido
si él á visitarnos viene.

ISABEL. Si; Cárlos te quiere mucho,
es un muchacho excelente,
y entre cuantos en tí piensan
es el que mas te conviene.

MAT. ¿Verdad que si? (Con alegría.)

ISABEL. Su familia
estima á la nuestra, y puede
que antes de poco, á la suya
pertenezcas para siempre.

MAT. Eso es lo que no me gusta...
¿por qué razon las mujeres, (Incomodada.)
cuando se casan, el nombre
que les dió su padre pierden,
y ya nadie las conoce
cuando no dice la gente
«la señora de Fulano
ó de Mengano»?... ¿Es un mueble
la mujer, que pasa á ser
propiedad del que la quiere?

ISABEL. Al formar nueva familia,
el hombre de ella es el jefe.
Pobre de aquel de quien diga
el mundo naturalmente:

«*El marido de Fulana!*»
¡poco él solo valer debe!

MAT. Eso tampoco me gusta.
Pero... ¿él te ha hablado?... (Con rubor.)

ISABEL. ¡Mil veces!

MAT. Y ¿qué espera?

ISABEL. Yo le he dicho
que eres muy niña...

- MAT. Eso... puede
ser tan solo opinion tuya...
- ISABEL. Que aun no me atrevo... que espere...
- MAT. Si yo me atrevo, mamá...
- ISABEL. ¡Eh!
- MAT. ¡De veras!...
- ISABEL. ¡Ah, valiente!...
Bien... pues déjalo á mi cargo;
vé pensando en lo que quieres (Se levantan.)
que te compre...
- MAT. (Con rapidez.) Una mantilla
para ir sola á misa.
- ISABEL. ¿Tienes
tanto deseo de ir sola
por esas calles?...
- MAT. ¿Qué quieres?
(Con gravedad cómica.)
¡Es lo primero que hacemos
las casadas!... Papá viene;
(Viendo á Eduardo por la segunda sala.)
ni una palabra, que luego
me hace burla. (Ap. á Isabel.)
- ISABEL. (¿Por qué temes?
¿no ha de saber?...
- EDUARDO. (Por el foro izquierda.) Buenas noches.

ESCENA II.

ISABEL, EDUARDO, MATILDE.

- MAT. ¡Hola, papá!...
- ISABEL. (Con alegría.) ¿Cómo vienes
tan temprano?
- EDUARDO. He recordado
en el café que era hoy jueves
y hay concierto en la embajada.
- ISABEL. Es verdad.
- EDUARDO. Ya por tres veces
os han invitado.
- MAT. (De mal humor.) ¡Vaya!
- ISABEL. ¡Si tal!
- EDUARDO. Y juzgo prudente
no aumentar otro desaire

á los demas.

ISABEL. ¿Y tú vienes?

EDUARDO. Si... (Vacilando.)

ISABEL. (Con cariño.) Pues mira, entonces lleva tú á Matilde; me divierten tan poco las reuniones... y ¿cómo quieres que deje mi hábito por...

EDUARDO. Isabel, acaso creerán las gentes que ese vestido es anuncio de pesares...

ISABEL. (Con expansion.) ¡Oh! ¡pues mienten! ¿Cuándo he sido mas dichosa?

EDUARDO. No basta serlo. Hay deberes sociales...

ISABEL. Tú eres su padre y vas...

MAT. (Con rapidez.) No; por mí no alteres tus gustos; no tengo empeño en ir...

EDUARDO. ¡Oh! tambien ir puede allí don... (Sonriendo.)

MAT. ¿Lo ves? Ya empieza. (Á Isabel.)

EDUARDO. (¡Es necesario!...)

(Distraido, sentándose á su buureau.)

ISABEL. ¿Qué tienes? (Observáudole.)

EDUARDO. ¡Nada!

ISABEL. ¿Te has incomodado conmigo! (Con dulzura.)

EDUARDO. Naturalmente: yo necesito que el mundo te vea feliz... alegre...

ISABEL. ¿No lo estoy?

EDUARDO. Pero en tu casa, y en ella nadie lo advierte...

ISABEL. Bueno.—Matilde, á vestirse... (Él vendrá...) (Ap. á Matilde.)

MAT. (Con alegría.) (¿Me lo prometes?)

ISABEL. (¡Si!)

MAT. ¡Verás qué bien me visto!

¡Caballero!... (Haciendo una cortesía.)

EDUARDO. ¡Adios! (Sin mirarla.)
MAT. (Sorprendida.) ¿Eh?...
ISABEL. (Ap. á Matilde.) (¡Vete!)
MAT. (Se vá por la puerta primera izquierda.)

ESCENA III.

ISABEL, EDUARDO.

ISABEL. (Acercándose á la silla donde está Eduardo.)
¿Por qué te enojas conmigo?...
EDUARDO. No es enojo... es sentimiento...
ISABEL. Vamos, iré. ¿Estás contento?
EDUARDO. Yo á acompañaros me obligo. (Levantándose.)
ISABEL. Bien. Yo queria evitar
que asi vestida me vieran,
y en los pesares creyeran
de que tú has querido hablar.
EDUARDO. Esa promesa, Isabel,
lugar á interpretaciones
puede dar...
ISABEL. Dios las razones
conoce y yo fío en él.
¡Le estoy tan agradecida!...
¡Soy tan dichosa á tu lado!...
(Con cariño y expansiva alegría.)
EDUARDO. (¡Oh!) (Turbándose.)
ISABEL. Que llevar he jurado
hábito toda mi vida.
Si oyó la Virgen mi empeño,
si consoló mi amargura,
¿no merece mi ventura
sacrificio tan pequeño?
EDUARDO. Pero si el mundo, Isabel, (Levantándose.)
sabe mi vida pasada,
y hoy te contempla encerrada
y nunca te encuentra en él,
¿no podrá tal vez pensar
que aqui te encierran tus penas?
ISABEL. Las opiniones ájenas
¿qué te pueden importar?
Si tu conducta hace un año

la paz ha dado á mi vida,
¿que yo os esté agradecida
al cielo y á tí, es extraño?
Yo lo que quieras haré,
que es tu gusto lo primero,
mas si mi casa prefiero
que en otros dias odié...
es porque encierra mi alma
tan venturosa alegria...
gozo en la existencia mia
de tan envidiable calma,
que si aqui la he de dejar
sentiré un pesar extremo...
y si me la llevo, ¡temo
que se pueda evaporar!...

EDUARDO. ¡Isabel!... (Conmovido)

ISABEL. Tu conmocion
es ya tu mejor respuesta...
¡dime si no manifiesta
que tengo en todo razon!

EDUARDO. Si... pero...

ISABEL. Ya se ha acabado...
Que cuando enferma me ví,
diré; el hábito ofrecí,
no miento y voy á tu lado.
Ahora, hablemos de otra cosa...
¿Estás en fondos?
(Cogiéndole del brazo y sonriendo.)

EDUARDO (Algo desconcertado.) ¿Quién, yo?,
necesitas algo?...

ISABEL. No;
es tu hija, no tu esposa,
la que intenta saquear
el tesoro de la casa.

EDUARDO. No te comprendo: ¿qué pasa?

ISABEL. ¿Qué? ¿Que se quiere casar!
(Sonriéndose.)

EDUARDO. ¡Oh! ¡es muy niña!

ISABEL. ¡Eso creia,
pero ella dice que no.

EDUARDO. ¿Cárlas se ha explicado?

ISABEL. ¡Oh!

no pasa sin eso un dia,
y aunque yo digo á los dos
que temo que se arrepientan,
creo que no se contentan
sin la bendicion de Dios!

EDUARDO. Cárlos la quiere...

ISABEL. Si á fé,
y te puedo asegurar
que al llevarla él al altar
dichosa á mi hija haré.

EDUARDO. Es rico... (Reflexionando.)

ISABEL. Leal, honrado...
deferente... respetuoso;
creo que el mejor esposo
para tu hija he encontrado.

EDUARDO. Entonces, no hay ningun mal...
y si tú estás tan propicia!..
(Preocupado.)

ISABEL. ¿Parece que la noticia
te preocupa?

EDUARDO. Si tal;
siempre se teme perder...
mas si ella ha de ser dichosa...

ISABEL. Yo de mi dote cuantiosa
donacion la quiero hacer.

EDUARDO. Tuya es; tú la has conservado...

ISABEL. ¡No ya por desconfianza!

EDUARDO. Bien; en tu justa balanza
tus temores has pesado
y has hecho bien: yo ademas
la daré cuanto te cuadre,
y á la dote de su madre,
mi regalo añadirás.

ISABEL. ¡Bien, Eduardo.

EDUARDO. Es nuestra hija
única, y justo es la demos
de todo cuanto tenemos
lo que el mundo nos exija.

ISABEL. Yo de sus joyas me encargo,
tú de sus trajes...

EDUARDO. ¡Muy bien!

ISABEL. Y luego lo que él tambien

la regale...

EDUARDO. (Interrumpiéndole.) Sin embargo...
aun convendría esperar.
Yo á mi padre escribiré...
de Cárlos me informaré...
en fin, déjame arreglar...

ISABEL. Deseo es este muy justo,
y ¿no me guardas rencor
por el saqueo? (Riendo.)

EDUARDO. (Esforzándose por reir.) En rigor...
pudiera... ¡pero es tu gusto!

ISABEL. ¡Qué dichosa soy, Eduardo!
¡Oh! mil veces tú, bendito...

EDUARDO. Bien... Isabel... (Turbado.) (Necesito
ver... Imposible!... ¿qué aguardo?)
(Se desprende de los brazos de Isabel y se dirige á la
segunda puerta izquierda.)

ESCENA IV.

ISABEL.

¡Oh! si los hombres supieran
con qué pocos sacrificios
somos felices, y cuánto
es mas fácil el camino
de la virtud... ¡oh! Parece (Pausa.)
que todo lo que le he dicho
de la boda no le alegra!...
¡Tiene razon! Es tristísimo
pensar que llega un momento
en que anhelan nuestros hijos
vivir con un ser extraño
mas que con nosotros mismos!
es triste desde ese dia
ver en la casa un vacio
que ya no vuelve á llenarse...
Mas si nosotros lo hicimos
con nuestros padres ¿qué mucho
que llevemos el castigo?

ESCENA V.

DICHA, CÁRLOS por el foro.

- CARLOS. ¡Señora!...
- ISABEL. Adios, Cárlos.
- CARLOS. ¿Buena?
- ISABEL. Si tal...
- CARLOS. ¿Matilde?...
- ISABEL. Ahora mismo viene: vistiéndose estaba.
- CARLOS. ¿Salen ustedes?
- ISABEL. Yo opino por no salir; mas su padre recordó que era preciso que fuéramos al concierto de la embajada.
- CARLOS. ¡Magnífico debe estar!
- ISABEL. Él la acompaña.
- CARLOS. ¿Está en casa?
- ISABEL. Si.
- CARLOS. Infinito me alegro.
- ISABEL. ¿Por qué?
- CARLOS. Usted sabe que tengo un deseo vivo de hablarle, y como en un año solo tres veces le he visto...
- ISABEL. Aun es pronto...
- CARLOS. Á los deseos de usted accedí solícito muchas veces, y hoy aguardo que me dé usted su permiso.
- ISABEL. Sea, si usted lo ha pensado...
- CARLOS. Escribí á padre ayer mismo y mañana su respuesta debe llegar.—Yo no vivo, usted lo sabe, señora, que siempre leal me ha visto, sino al lado de Matilde:

su corazon es tan digno
de ser amado, su alma
tan noble, tan peregrino
su rostro y yo la amo tanto,
que á retardar he accedido
mi peticion porque usted
se empeñó en ello. Hoy reincido:
y usted que nada dudoso
en mi conducta habrá visto,
que sabe mis sentimientos
mejor que los sé yo mismo...
no retardará sin causa
el admitirme por hijo.

ISABEL. (Ya es imposible negarse.) (Ap.)

CARLOS. ¿Qué dice usted?

ISABEL. Mas no insisto;
usted es bueno, la quiere,
y nosotros admitimos,
lo espero al menos, la honra
que nos hace.—Mi marido.

ESCENA VI.

DICHOS, EDUARDO, dirigiéndose á coger su sombrero, y completamente preocupado.

CARLOS. ¡Señor don Eduardo! (Saludando.)

EDUARDO. ¡Ah, Cárlos!

¿bueno?... me alegro infinito.

¿Y padre?

CARLOS. Con el de usted,
siempre siguen tan amigos.

EDUARDO. Usted ha de dispensarme,
pero un negocio preciso
me obliga á salir. (Con agitacion.)

ISABEL. ¡Ah! ¿sales
otra vez?

EDUARDO. Si.

ISABEL. Convinimos
en ir al concierto.

EDUARDO. Vuelvo
á la hora precisa. Amigo... (Despidiéndose.)

CARLOS. Yo, aunque no es hora á propósito de hablar á usted, le suplico que me oiga un momento.

EDUARDO. (Contrariado.) Oigo.

CARLOS. Varias veces he venido, y no teniendo la dicha...

EDUARDO. Bien, cumplimientos conmigo son inútiles. Al caso.

CARLOS. Cuando juntos estuvimos en Villanueva, á Matilde conocí; sus atractivos, su bondad, fueron la causa, sin duda, de mi cariño. El hecho es que hace año y medio la adoro; que me permito esperar con fundamento ser de ella correspondido, y que como mi ventura solo en ser su esposo cifro, con licencia de su madre la mano de su hija pido.

EDUARDO. Bien, gracias; y ciertamente... su nombre de usted... yo estimo á su familia, y si ella le ha dado á usted su permiso...

CARLOS. Le aguardo.

EDUARDO. Pues hablaremos entonces: mientras, omito asegurarle... Isabel, que ya sabe por lo visto todo, le habrá dicho á usted que yo con placer admito su peticion, aunque creo que es algo pronto.—Repito (Conteniéndose apenas.) que agradezco... y no es posible detenerme mas.

CARLOS. ¿Su hijo puedo llamarme?

EDUARDO. Lo espero.

CARLOS. Gracias. (Con efusion.)

ISABEL. Ven pronto.

EDUARDO.

Ahora mismo.

(¡Oh, será rica! es forzoso (Desde la puerta.)
que concluya este suplicio.)

(Sale por el foro con desesperacion.)

ESCENA VII.

ISABEL, CARLOS.

ISABEL. Ya vé usted.

CARLOS. ¡Cuanto anhelaba
en un instante consigo!
¡Oh, gracias! De tal ventura
prometo ser siempre digno.

ISABEL. (Conmovida.)
Si, Cárlos; si usted no siente
el convencimiento íntimo
de hacerla siempre dichosa;
si su corazon tranquilo
ha de amargar algun dia,
mas feliz será conmigo.

CARLOS. Yo tengo en mas que mi vida
de mi padre el apellido,
y en vez de vivir ocioso
como hacer suelen los ricos,
en mi carrera trabajo
con empeño y con ahinco,
porque una posicion quiero
debida solo á mí mismo.
Este soy; y antes de dar
á Matilde, á quien estimo,
á mi padre, á quien adoro,
de despreciarme un motivo,
perderia mi existencia,
ó habria perdido el juicio.

ISABEL. Gracias: aunque lo sabia
hoy necesitaba oirlo.

CARLOS. Ahora... ¡adios!

ISABEL. ¡Tan pronto!

MAT. ¡Calla!

¿se vá usted, ó es que ha venido?

ESCENA VIII.

DICHOS, MATILDE, vestida para el concierto, pero sin adorno ninguno en la cabeza.

CARLOS. Me voy porque en este instante no ver á usted necesito.

MAT. ¿Qué? (Sorprendida)

CARLOS. Pero hay otra persona á quien al irme suplico le diga á usted el secreto que en su mano deposito.

(Besa la mano de Isabel.)

MAT. Pero...

CARLOS. Está usted hechicera, y á los del concierto envidia.

(Saluda y sale por el foro.)

ESCENA IX.

ISABEL, MATILDE.

MAT. ¿Qué es esto, mamá? ¿Se enfada porque esta noche salimos?

ISABEL. No creo que esté enojado.

MAT. ¿Me sienta mal el vestido? (Con rapidez.)

ISABEL. No tal, y estás tan bonita como siempre.

MAT. Pues no atino.

ISABEL. Ha sido una chanza.

MAT. Chanza...
¿y se vá en cuanto me ha visto?

ISABEL. ¡Hija mia! (Llorando.)

MAT. ¡Ahora tú lloras!

Vamos, ¿qué es esto?

ISABEL. Ha venido estando tu padre en casa.

MAT. ¿Otras veces no le ha visto?

ISABEL. No es eso; es que se han hablado y tu mano le ha pedido.

MAT. ¡Ah! ¡mi mano!... ¿y papá? (Turbada.)

- ISABEL. Dice
que le admitirá por hijo.
- MAT. ¡Oh, mamá mia! ¿y tú lloras?
- ISABEL. ¡Tiemblo al perderte!
- MAT. Ya he dicho
que si me caso ha de ser
viviendo siempre contigo.
- ISABEL. ¡Eso no es posible!
- MAT. Entonces
que busque otra; yo no admito.
- ISABEL. No seas niña.
- MAT. ¡Es de veras!
- ISABEL. Bien, ya veremos.
- MAT. Te digo
que no quiero.
- ISABEL. Yo prometo
ir á verte.
- MAT. No, es preciso
que oigas mi plan. Nos casamos,
(Con rapidez.)
es decir, tú me lo has dicho, (Ruborizándose.)
y á Aragon. Tiene allí Cárlos
una quinta... un paraiso.
Papá irá á vernos si quiere.
Y tenemos por vecino
al abuelo. Conque admite,
ó si no en el templo mismo
digo un *no* redondo, y todos
nos ponemos en ridículo.
- ISABEL. Bien. (Sonriendo.)
- MAT. Tú lo verás.
- ISABEL. Acaba
de vestirte.
- MAT. He concluido.
- ISABEL. No; ponte un adorno.
- MAT. ¿Vienes?
- ISABEL. Yo el hábito no me quito.
Pero papá, segun creo,
vendrá por tí: él nos ha dicho
que vayamos. Unas flores...
- MAT. ¡Ir yo sin tí! ¡Qué fastidio!
- ISABEL. Una vez... (Aparece por el foro el Coronel.)

MAT. ¡Abuelo!
(Dando un grito al verle y corriendo á su encuentro.)
ISABEL. ¡Padre! (Haciendo lo mismo.)
COR. ¡Hijas! (Abrazando á las dos.)
MAT. ¡Cómo ha envejecido!

ESCENA X.

DICHAS, CORONEL.

ISABEL. ¡Sin escribir... qué sorpresa!
MAT. ¿Viene usted bueno?
COR. ¿Y mi hijo?
ISABEL. Pronto vendrá.
MAT. Llega usted...
COR. En este momento mismo:
¿vais á salir?
ISABEL. Á un concierto;
pero habiendo usted venido...
COR. ¿Qué significa ese traje? (Á Isabel.)
ISABEL. Una promesa.
COR. Yo exijo
que por mí nada se altere;
y como quiero asimismo
dar á Eduardo una sorpresa,
que le oculteis necesito
mi venida.
MAT. Eso es difícil
ya los criados le han visto.
COR. Guarda tú por tí el secreto
y cuida de prevenirlos.
MAT. (Extraño misterio.) Bueno.
(¡Es raro! nada me ha dicho
de Carlos y él saber debe!...)
ISABEL. De vestirte acaba.
COR. Lindo (Á Matilde.)
es ese traje y estás
embellecida.
ISABEL. Remigio
puede avisar en llegando
tu padre; evita un descuido.
MAT. Bien... otro abrazo.

COR. Otro abrazo.
MAT. (¡No comprendo su designio!)
(Se vá por la izquierda.)

ESCENA XI.

ISABEL, el CORONEL.

COR. Habla pues, aqui estoy ya. (Con decision.)

ISABEL. Señor... no sé qué decir. (Con estupor.)

COR. No principies á fingir,
todo fuera inútil...

ISABEL. ¡Ah!

COR. En vano tus cartas quieren
ocultarme lo que pasa;
lo que sucede en tu casa
otros labios me refieren.

ISABEL. Le habrán á usted engañado:
feliz es la vida nuestra.

COR. Ese traje me demuestra
que no estoy equivocado!

ISABEL. Este traje... ya comprendo;
¿juzga usted al verme así...
que soy desdichada?

COR. ¡Si!

ISABEL. ¡Tambien yo lo iba temiendo! (Con terror.)
¡Oh! no, señor!... al contrario,
¡por la dicha de los dos
ofrecí este hábito á Dios! (Con júbilo.)

COR. ¡Voto bien extraordinario!

ISABEL. Yo solo necesitaba
para ver mi bien cumplido
la enmienda de mi marido;
y pues yo no la esperaba
y la he llegado á admirar,
sin faltarme un solo dia,
mi desconfianza impia
he querido castigar.

COR. (¡Qué es esto?)

ISABEL. (Con ansiedad.) ¿Lo duda usted?

COR. Yo...

ISABEL. Por Dios, que esa sospecha

- no me deja satisfecha.
- COR. Vamos... yo me equivoqué... (Turbado.)
temí al verte...
- SABEL. (Pensativa.) Sin embargo,
usted dijo que sabia
por otros...
- COR. No... yo temia...
- ISABEL. ¡Oh! ¡qué instante tan amargo
me ha hecho usted pasar!
- COR. (¡Dios mio!
¿me habrán engañado?) Dí...
tú me juras?...
- ISABEL. ¡Ay de mí!
¿de mí misma desconfío!
- COR. (¿Qué he hecho?) Perdona á mi amor
si te afligí sin querer...
Dichosos os vuelvo á ver,
no hay bien para mí mayor...
- ISABEL. Pero...
- COR. No interpretes mas
mi triste duda... confieso
que temí; ¡vamos! ¿qué es eso?
¿tú tan segura no estás?...
- ISABEL. ¡Es que era tan venturosa,
tan feliz, que solamente
esa idea, de repente
puso en mi pecho una losa!
- COR. No hablemos mas: cuéntame
vuestra vida; tu contento...
- ISABEL. Yo ni en un solo momento
hasta ahora mismo dudé...
Desde que á Madrid vinimos
hasta hoy que usted llega aqui,
yo siempre en Eduardo ví
el hombre que antes perdimos.
Con su hija cariñoso...
conmigo bueno y amable...
en su trato, dulce, afable,
y buen padre y buen esposo
le ví un año sin cesar;
enjugó mi antiguo llanto...
prefirió su casa... ¡Tanto

- COR. no puede un hombre engañar!
¡Oh! cierto.—¿Y al fin logró
fundar esa sociedad
de crédito?..
- ISABEL. ¡No en verdad!...
¡Creo que socios no halló!...
Mas yo no estoy enterada;
yo con mirarle á mi lado
feliz, contento y honrado,
no le preguntaba nada.
- COR. Gratas tus noticias son...
(¡Mentir no se puede así!)
- ISABEL. ¿Y cómo usted?...
- COR. ¡No escribí
por esa misma razón!
Creí en tus cartas notar
cierta alegría extremada...
y dije... no sabré nada
si entienden que he de llegar...
Y por eso, sin querer
escribiros... ya me pesa,
te he causado una sorpresa
y tú me has dado un placer!
- ISABEL. ¡Pues ahora á descansar!...
Eduardo vendrá al momento...
- COR. No; perdona, mucho siento
tenerte ahora que dejar,
pero tengo que salir...
- ISABEL. ¿Usted? (Sorprendido.)
- COR. Si; traigo un asunto,
y quiero zanjarle al punto.
¡Oh! ¡no tardaré en venir!
- ISABEL. Mañana...
- COR. No; es cosa urgente.
- ISABEL. Dirá Eduardo...
- COR. Yo quisiera
que mi hijo no supiera
mi llegada de repente!...
- ISABEL. ¿Por qué?
- COR. ¡Si llega á saber
que vine, habrá de extrañar...
- ISABEL. Así le puede esperar...

- COR. No: ¡le quiero sorprender!...
- ISABEL. Matilde lo sabe ya...
- COR. Callará, si se le advierte...
vaya, adios!...
- SABEL. ¡Y de esa suerte
se vá usted!
- ICOR. Si vuelvo acá
dentro de un rato. Prometo
tardar solo lo preciso...
ya ves, tengo un compromiso
urgente. (Riendo.)
- ISABEL. Pero...
- COR. Y secreto.—
¡Gozo en tu felicidad! (Abrazándola.)
- ISABEL. ¡Lance mas extraordinario!
- COR. ¡Hasta luego! (¡Es necesario
que yo sepa la verdad!)
(Sale por el foro. Isabel le mira. Pausa.)

ESCENA XII.

ISABEL.

¡Me deja oprimido el pecho,
y en él un terror tirano
siento!... ¡No sabe ese anciano
todo el daño que me ha hecho!
¡Su entrada!.. ¡su duda! ¡Si!
¡algo hay aqui que me espanta!
él me ha ocultado... ¡Con cuánta
facilidad le creí!
¡Qué locura! su dolor
era justo, mas despues
que yo le he contado... ¡Eso es!
¡Oh! ¡qué necio es el temor!
¡Cómo presta al pensamiento
su cobarde racionio!
¡Cómo extiende su dominio
en la vida, en el acento!...
Mi calma desbaratar
en un instante ha logrado,
he temido... y he temblado...

y casi no acierto á hablar!
¡Vamos! ¡volvió mi costumhre
de asustarme sin razon!...
¡Oh! Si Eduardo... ¡No hay ficcion
que dé tanta certidumbre!
Tranquilo el pobre estará
mientras desconfio de él!
¡Sospecha infame y cruel!

ESCENA XIII.

DICHA, EDUARDO por el foro sin ver á Isabel, entra en el mayor abatimiento y se deja caer en una silla al lado de su mesa.

EDUARDO. ¡No hay remedio humano!

ISABEL. (Aterrada.) ¡Ah!

EDUARDO. ¿Qué? (Levantándose.)

ISABEL. ¡Eduardo! (Dirigiéndose á él con rapidez.)

EDUARDO. (Turbado.) ¡Isabel!

ISABEL. (¡Dios mio!)

¡Mírame! Mas... fijamente!...

EDUARDO. ¿Qué es lo que intentas?

(Esquivando la mirada.)

ISABEL. ¡De frente!

EDUARDO. ¡Qué ridiculez!

ISABEL. ¡Lo ansio!

EDUARDO. Pero...

ISABEL. ¡La verdad!

EDUARDO. ¡Y bien!

ISABEL. ¡Tú me has engañado!...

EDUARDO. (Sin poder contenerse.) ¡Si!

¡basta de farsa!

ISABEL. (Aterrada.) ¡Ay de mí!

EDUARDO. Me he engañado á mí tambien!

ISABEL. Es decir...

EDUARDO. Que hace medio año

(Con desesperacion.)

que mi pasion tentadora
al juego en maldita hora
me llevó para mi daño...
Que la sed mal apagada
de mi indómito deseo,

ha encontrado nuevo empleo
en mi suerte desdichada.
Que he fingido gozo y calma
hasta hoy que á tus pies me postro
con la máscara en el rostro,
y con la muerte en el alma!
Que esperaba recobrar
la fortuna que perdía...
¡ya sabes mi historia impia!...
¡ya no te puedo engañar!

ISABEL. ¿Qué es esto? Apenas entiendo (Con estupor.)
lo que me cuentan tus labios!
¡qué inesperados agravios...
¡aun lo dudo y lo estoy viendo!
¡Señor! ¿Cómo puede ser (Con esplosion.)
sin morir de desconsuelo,
llegar al dintel del cielo
y tenerse que volver!

EDUARDO. ¿Y piensas que mi existencia
ha caminado entre flores?...
¡Oh! no cambies tus dolores
con la paz de tu conciencia
por el tormento invariable
que hace eterno mi delirio
y el placentero martirio
de esta lucha interminable!
Yo me he querido vencer,
he acudido á mi razon,
y el cobarde corazon
me ha hecho mil veces caer.
No envidies mi suerte, no,
que nadie debe envidiarme,
tú no puedes despreciarme
lo que me desprecio yo!

ISABEL. ¡Y puede engañar así
un hombre por solo un vicio,
sin hacer el sacrificio
en que yo ilusa creí!

EDUARDO. ¡Oh! no es todo culpa mia,
tambien la tiene mi estrella.
Yo quise poder mas que ella
y luché dia tras dia.

Una hora de fortuna
por recobrar lo perdido
y yo me hubiera vencido.

ISABEL. ¡Ilusion inoportuna!
¡Hubieras vuelto despues!...

EDUARDO. ¡Otros hay afortunados
y viven considerados!...

ISABEL. ¡Tú su conciencia no ves!
Eduardo, no seas cobarde;
sé tú de tí mismo juez,
aun será tiempo tal vez,
¡Eduardo! (Suplicante.)

EDUARDO. ¡Isabel! ¡es tarde!
Yo quise encontrar el modo
de acabar con mis apuros,
y he jugado tres mil duros
que me quedaban, ¡es todo!
Aun quiero buscar... pedir...
y en cambio en un cuarto de hora
puedo con suerte... hoy... ahora
mis pérdidas resarcir!...
Volver á casa triunfante
y abandonar, te lo juro,
mi precipicio seguro...
Un cuarto de hora es bastante.

ISABEL. Juraste á tu padre...

EDUARDO. Si,
y aunque tu voz me taladre...

ISABEL. ¡La maldicion de tu padre
ha caido sobre tí!
¡Pero y tu hija!...

EDUARDO. (Con terror.) Mas bajo...
Dios querrá que yo realice...

ISABEL. ¡El cielo nunca bendice
mas que el oro del trabajo! (Pausa.)

EDUARDO. Si, yo he tenido la culpa; (Abstraido.)
no ví el juego... y era claro!...
Despues... cuando absorto... mudo,
con el pecho hecho pedazos,
me ví sin recurso... entonces
le adiviné!—Si en el acto
hubiera tenido un mundo,

todo lo hubiera ganado.

ISABEL. ¡Qué ceguedad!

EDUARDO. ¡Ah, Isabel!

(Con una idea repentina.)
aun hay remedio.

ISABEL. Veamos.

EDUARDO. Si, se dará todavía:
llego... lo observo y desbanco.
Isabel, tú tienes joyas...
tuyas, te las he comprado.

ISABEL. Son de mi hija. (Con frialdad y entereza.)

EDUARDO. No es cierto.

ISABEL. Si: desde que llevo hábito
para que Dios ilumine
tu razon, se las he dado.

EDUARDO. (Suplicante.)
¡Oh! yo necesito ahora
que me las des; luego en cambio
yo te daré cuantas quieras!
Es para ella: en llegando
á tiempo la suerte es mia,
lo juro.

ISABEL. Despierta, Eduardo.

EDUARDO. Lo sé de cierto, Isabel.

ISABEL. No.

EDUARDO. Cuando vuelva á tu lado
seremos otra vez ricos.
Tú verás...

ISABEL. No puedo.

EDUARDO. Vamos,
yo te lo suplico en nombre
de tu amor.

ISABEL. (Fria y serena.) Yo no te amo.

EDUARDO. (Conteniéndose.)
Bien; ¡en nombre de mi hija!

ISABEL. Tú la arrastras por el fango
de tus vicios, y yo quiero
sacarla de él.

EDUARDO. Vé que callo:
dame esas joyas; aun tengo
una miseria, buscando
encontraré: salgo al punto:

me las das, y antes de un cuarto de hora... Isabel, yo lo espero.

ISABEL. ¡Nunca! (Grito desgarrador.)

EDUARDO. (Cogiéndola del brazo y fuera de sí.)

Isabel... ¡yo lo mando!

(Entra por la derecha.)

ESCENA XIV.

ISABEL, MATILDE.

ISABEL. ¡Ah! ¡Matilde! (Grito desgarrador.)

(Llamando con angustia, se dirige al secreter de la izquierda, abre y saca unas cajas con joyas, que empieza á colocar á su hija con rapidez nerviosa.)

MAT. (Saliendo.) Mamá.

ISABEL. Ven,

ven aqui. (La baja al proscenio.)

MAT. ¿Qué haces? (Sorprendida.)

ISABEL. Buscar.

MAT. Pero.

ISABEL. Te voy á adornar.

MAT. ¿Cómo, vienes tú tambien?

ISABEL. Si.

MAT. ¡Qué extraña agitacion!

ISABEL. Es que me ha dado una idea: quiero que Cárlos te vea, y hacer tu presentacion como señora casada.

MAT. ¿Tus joyas? ¿qué vas á hacer?

ISABEL. Yo te las voy á poner.

MAT. ¿Qué dirán?

ISABEL. No dirán nada: el collar... (Se le coloca.)

MAT. ¡Yo con brillantes!... ¡no entiendo!... si soy soltera.

ISABEL. Diga el mundo lo que quiera.

MAT. Mamá, ya tengo bastantes.

ISABEL. No, el brazalete. (Se le coloca.)

MAT. ¡Mamá!

ISABEL. Asi: ¿ves qué bien te sienta? (Carcajada nerviosa.)

MAT. ¡Oh! ¡tu risa es violenta!
ISABEL. ¡La cruz!... ¿ves qué bien te está?
Pero...

ESCENA XV.

DICHA, EDUARDO por la izquierda.

ISABEL. Ven. (Queriendo llevarla por el foro.)

MAT. Papá, aquí estás?

EDUARDO. Si... (Las joyas... que no exija!...)
(Ap. á Isabel con aire amenazador.)

ISABEL. ¡Quítaselas á su hija!)
(Enseñándole á Matilde.)

EDUARDO. ¡Oh! (Retrocediendo avergonzado.)

ISABEL. ¡Vamos! (¡No puedo mas!)

(Llevándose por el foro á Matilde, que la acompaña con estupor, Eduardo se queda con el rostro cubierto entre sus manos. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE, á poco el CORONEL.

MAT. (Mirando á la calle por el balcon de la izquierda.)
¡Ya pasa la hora... y nada!
¡Él, que es siempre tan puntual!
(Baja al proscenio.)
Acaso porque ayer noche
pidió mi mano, vá ya
con ínfulas de marido
sus costumbres á olvidar?
¡Oh! pues tengo yo un humor...
No parecer por allá
en toda la noche, mientras
tenia yo que bailar
con otros: ¡y con qué otros!
diciendo unas cosas tan...
¡Ya se vé, como anunció
mi boda á todos mamá...
me daban unas bromitas!...
Nada... no parece... ¡Ah!
(Viendo al Coronel.)

ESCENA II.

DICHA, el CORONEL, por el foro: vé á Matilde al entrar.

- COR. ¡Matilde!
MAT. ¡Abuelo!
COR. ¿Y tu madre?
MAT. En su cuarto debe estar...
COR. ¿Y Eduardo? (Mirando á todas partes.)
MAT. Papá... no sé...
COR. ¿No fué con vosotras?
MAT. ¡Cá!
Lo dijo, pero despues
se quedó aqui.
COR. ¡Es singular!
MAT. Papá está siempre ocupado. (Pausa.)
Abuelo... ¿sabe usted ya?...
COR. ¡Qué!
MAT. Lo de... ¡vamos!... (Cortada.)
COR. No entiendo...
MAT. Lo de mi... ¡me caso! (Con decision.)
COR. ¡Ah!
¡no sabia tanto!
MAT. Anoche
se ha dado el paso oficial:
Cárlos me ha pedido, y creo
que no habrá dificultad.
COR. Si tú le quieres...
MAT. Yo creo...
parece que si!
COR. Estarás
muy contenta.
MAT. ¡No señor!
COR. ¿Por qué?
MAT. Venga usted acá.
(Le coge de la mano y la baja al proscenio.)
Cuando un hombre vá á casarse
no puede ya pasear
por la calle de su novia?
COR. Si es que en la casa entra ya,
¿para qué?

- MAT. Para mirarse
los dos uu poquito mas.
- COR. Si está ocupado?
- MAT. ¡Y tampoco
puede ir á un baile, si vá
su prometida!
- COR. ¿No fué
anoche?
- MAT. No, señor.
- COR. ¡Ya!
no sabria...
- MAT. Si, señor...
nos vió vestidas... y hay mas,
pidió mi mano y me vió,
y nada me dijo.
- COR. ¡Bah!
no te apures, él te quiere.
- MAT. Que no me haga incomodar,
porque no me caso.
- COR. ¡Vamos!
¿Y el concierto, bien?
- MAT. Muy mal.
Mamá estaba triste; yo,
por capricho de mamá,
llena de joyas... sufriendo
cada broma!
- COR. Es natural.
Haz el favor de decirla
que la espero aqui.
- MAT. ¿Y papá
no sabe aun que usted ha venido?
- COR. No, si has cumplido puntual
mi encargo.
- MAT. Á todos lo dije.
- COR. Anda, hija mia.
- MAT. ¿Verdad
que con nosotros se viene
mi madre al casarme?
- COR. Hará
lo que tú quieras.
- MAT. Yo sola
no me voy, que me vá á dar

una vergüenza tan grande!...
COR. Ya hablaremos.
MAT. Usté hará
porque venga.
COR. Si, hija mia;
dí que la espero.
MAT. (El galán
rendido me vé ya en casa
y no quiere pasear.)
(Mira al balcon y se vá por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

CORONEL.

¡Y esa pobre niña ignora
que está al borde de un volcan!
¡Cuánto he sufrido esta noche!
¡Ir yo mismo á averiguar
la ruina de mi familia!
¡Oír de un labio procaz
la deshonra de mi hijo...
y sonreír y callar!
¡Esto me ha guardado el cielo
tras tantos años de afán,
de consejos, de cuidados...
de cariño paternal!
¡Dios mio! ¿por qué hace tiempo
no me llevaste á tu paz,
ahorrando á mi faz rubor
y llanto á mi ancianidad?

ESCENA VI.

DICHO, ISABEL, por la puerta de la derecha.

ISABEL. ¡Ah, señor! ya lo sé todo.
COR. ¡Sé mas que tú!
ISABEL. ¿Qué? ¡aun hay mas!
COR. Si: yo mismo he preguntado,
he inquirido la verdad...
y la ruina de esta casa

es inevitable ya.
¡Tú no sabes, Isabel,
de lo que el hombre es capaz
cuando una pasión embota
sus sentimientos!

ISABEL. (Con amargura.) ¡Quizá!...

COR. El jugador no conoce
límite alguno en su afán.
Pierde cuanto tiene, y luego
con la esperanza falaz
de nueva ganancia, pide,
empeña su firma...

ISABEL. ¡Ah!

COR. Si; la herencia de sus padres,
viviendo aun, vá á jugar,
y la sangre de sus venas
jugaría á valer mas.

ISABEL. ¡Oh!

COR. ¡Todo!

ISABEL. Entonces...

COR. Entonces

llega ese momento ya
en que desde el vicio al crimen
hay un paso nada mas.

Y el que llega allí, no mira,
y casi siempre le dá.

ISABEL. ¡Padre!

COR. ¡Isabel... mira en torno!...

Cuanto hay aquí, vá á pasar
á manos ajenas: yo
que por único caudal
guardo solo de mis padres
el santo y tranquilo hogar,
la alcoba donde nací
y la ventana que dá
al sitio donde mi madre (Conmovido.)
duerme para siempre en paz,
le he empeñado por salvarle. }

ISABEL. ¡Oh!

COR. Si; el pedazo de pan
que en pago de mis heridas
mi patria há tiempo me dá

sobra á mi vejez; yo vivo
en cualquier parte.

ISABEL. ¡Oh! ¡jamás!
Yo la dote de mi hija
conservo.

COR. No es tuya ya.

ISABEL. Ella al padre de su padre
alegre se le vá á dar.

COR. No, Isabel... ya está pedida
su mano, y con ella irás.
¿No es cierto?

ISABEL. Anoche dudaba ..
hoy no puedo ya dudar.

COR. La situación de mi hijo,
Cárlos por fuerza sabrá,
y es necesario la boda
obligarle á apresurar:
que sea feliz Matilde;
eso es ya lo principal...
de nosotros, Isabel,
Dios que es grande cuidará!

ESCENA V.

DICHOS y CÁRLOS, por el foro, pálido y abatido.

CARLOS. ¡Isabel! ¡Oh! ¡usted aquí!
(Sorprendiéndose al ver al Coronel.)

COR. ¡Cárlos!

CARLOS. Yo... (Turbado.)

COR. Puedes hablar.
Sé que adoras á Matilde,
que ella te quiere, y que ya
puedo de hijo darte el nombre.
Yo sé que feliz la harás.

CARLOS. Señor...

COR. De tu padre amigo
desde tu mas tierna edad,
sé que le haces venturoso
con tu conducta ejemplar.
Si mis hijos, de Matilde
quieren la felicidad,

al ser tú, Cárlos, su esposo
de seguro se la dan.

CARLOS. ¡Oh! ¡señor! ¡Dios no lo quiere!

ISABEL. ¡Cómo!

COR. ¡Qué!...

CARLOS. Yo, la verdad
ocultar querría... pero
me es imposible callar.

COR. Habla pues.

CARLOS. Yo amo á Matilde

desde que la ví; leal
fué mi cariño y el suyo
constante y firme á la par.
Su modestia, su virtud
y su ternura filial,
un porvenir me ofrecian
de dicha y de bienestar.
Escribi á mi padre, y mientras
su autorizacion formal
llegaba... anoche pedí
á Matilde.

COR. Lo se yá.

CARLOS. Hoy la carta de mi padre
he recibido. (Con tristeza.)

COR. ¡Qué mas!

CARLOS. ¡No me atrevo!... Una calumnia
sin duda le hace negar
su permiso.

ISABEL. (¡Hija del alma!)

COR. Y tú...

CARLOS. No entiendo en verdad
cómo las faltas de un padre
un hijo debe pagar.

COR. Pero tú...

CARLOS. Yo no podré
amar á nadie jamás.
Es de Matilde mi alma,
mi aliento, mi voluntad;...
mi apellido es de mi padre,
y yo no le puedo dar.

ISABEL. (¡Dios mio!)

CARLOS. Perdon, señora;

mi madre la creí ya;
y esa esperanza que era
mi única felicidad
la he perdido para siempre,
yo soy el que pierde mas.

ISABEL. ¿Y Matilde, que le ama?

COR. (Su padre le roba ya
hasta su amor, no es posible!)

CARLOS. No llegué aqui sin temblar,
y si la veo, no sé...

COR. ¿Pero esa carta?...

CARLOS. Aquí está.

(Entrega una carta al Coronel, que este lee en voz baja mientras Carlos habla con Isabel.)

ISABEL. ¡Carlos, adios! yo respeto
de un padre la voluntad
y siento perder un hijo...
pero tengo que mirar
por Matilde, y no sé cómo
la haré saber la verdad.

CARLOS. ¡Oh! yo no quiero, señora,
que guarde de mí un fatal
recuerdo, y que crea nunca
que fué mi pasión falaz.
Dígala usted que mi amor
suyo por siempre será.
Mi padre al obedecerle
no puede eximirme mas.

COR. Isabel, nada la digas:
Carlos, un momento.

(Devuelve á Carlos la carta.)

CARLOS. ¡Ah!
no exija usted si la veo...

COR. Su madre la detendrá.
Hoy mismo partimos.

ISABEL. ¿Dónde?

COR. Un instante y lo sabrás.
Disponlo todo.

ISABEL. Usté espera...

COR. (Es necesario acabar!)
(Isabel se vá por la derecha.)

ESCENA VI.

CORONEL, CÁRLOS.

COR. ¿Amas á Matilde? (Con decision.)

CARLOS. Si,
mas que á mi vida, señor.

COR. ¿Sabes que es grande su amor?

CARLOS. Sé que mi dicha perdí. (Tristemente.)

Pero antes que mi ventura,
que mi porvenir entero,
es mi padre... y yo no quiero
llenar su alma de amargura.

Si con justicia ó sin ella,
juzgarlo á mí no me toca,
mis deberes de hijo invoca,
culpa es de mi mala estrella.

Yo sé que á Matilde aflijo,
mas por poco que me cuadre
la injusticia de mi padre
no me hará ser un mal hijo.

COR. Bien, Cárlos: en mí confía;
tu padre es hombre de bien,
y si ha sabido tambien
lo que causa mi agonía,
yo sabré hacerle entender
que es injusto lo que ha hecho,
y que no tiene derecho
tu dicha para romper.

Sabe que soy hombre honrado
y hará lo que yo le ruegue...
mientras ese instante llegue
vas á esperarme á su lado.

CARLOS. Yo, señor, al ver perdida
mi esperanza deseada,
y mi palabra empeñada
no pudiendo ver cumplida,
quise de Matilde huir;
en América fijé
mi deseo, y encontré
uno que debe partir

mañana, representando
á un banquero amigo mio.
Ya vé usted que le confio
cuanto en mi alma está pasando.

COR. ¿Y has prometido?

CARLOS. Yo insté;
y aqui está la credencial
que me autoriza.

(Saca un pliego, que enseña al Coronel, y con el que
este se queda.)

COR. Fatal

tu loco arrebató fué.
No importa; vuelva al reposo
tu imaginacion inquieta:
yo hago feliz á mi nieta
al hacerte venturoso,
y lograrlo es cuenta mia.
Ahora escucha: yo te exijo
que de tu padre á mi hijo
des la carta que te envia;
dí que ella tu ruina labra;
que tu padre no ha accedido
á tu boda, y que has venido
á recoger tu palabra.

CARLOS. Mas si usted lo ha de arreglar...

COR. Importa á mi pensamiento.

CARLOS. Será para él un tormento
que yo quisiera evitar.

COR. Hazlo. Evitar no podemos
que él conozca lo que pasa.
Hoy saldremos de esta casa:
hoy á Aragon partiremos.

CARLOS. ¡Cuánto le debe mi amor!

COR. Sal, y en la estacion espera.

CARLOS. Yo hallar un medio quisiera.

COR. ¡Eduardo! ¡Vamos, valor!

(Viendo á Eduardo, que sale por la izquierda, y re-
tirándose por la derecha.)

ESCENA VII.

CÁRLOS, EDUARDO.

EDUARDO. Creí oír... ¡Ah! ¿usted aquí? (Viendo á Carlos.)

CARLOS. Hace un momento que aguardo.

EDUARDO. No me han dicho...

CARLOS. Don Eduardo,
ayer la mano pedí
de su hija.

EDUARDO. Y esperaba
usted el consentimiento
de su padre. Yo contento
accedí á lo que anhelaba.

CARLOS. Mil gracias; y es mi dolor
tanto mas inmenso...

EDUARDO. ¿Qué?

CARLOS. ¡Cuanto que nunca esperé
perder ventura y amor!

EDUARDO. ¿Su padre de usted?...

CARLOS. Mi padre
su aprobacion no me dá. (Con entereza.)

EDUARDO. ¿Cómo? ¿La funda quizá
en algo que mal me cuadre?

CARLOS. Siendo amigo há tantos años
de usted y de su familia,
mal su carta se concilia
con motivos á ella extraños.

EDUARDO. Es decir...

CARLOS. Yo no he creído...
y si usted mismo despues
prueba...

EDUARDO. ¡Carlos!

CARLOS. Esta es
la carta que he recibido. (Se la entrega.)

EDUARDO. (Leyendo, presa de la mayor agitacion.)
«Hijo mio: el que su honra
»limpia quiere conservar,
»nunca debe emparentar
»con quien su nombre deshonra.»
¡Oh! «Yo estimo al Coronel,

»y aunque hondamente le aflijo,
»sé que el nombre de su hijo
»no es digno de tí ni de él.»
¡Cárlos! (Hablado, con ira reconcentrada.)

CARLOS. Mi padre asegura...

EDUARDO. «El que su fortuna juega (Leyendo.)
»y al torpe vicio se entrega
»que el deshonor le procura...
»el que su firma y su nombre
»mancha en un garito inmundo
»sin temor á Dios ni al mundo,
»ni es buen padre ni es buen hombre.
»Yo siento aumentar tus penas;
»pero en mis principios fljos
»no entra el plan de que tus hijos
»tengan vil sangre en las venas.»
¡Oh, basta!... si el que esto escribe...
(Fuera de sí.)

CARLOS. Es mi padre. (Con dignidad.)

EDUARDO. ¡Oh! que no acabe
de leerle... (Le arruga y tira al suelo el papel.)

CARLOS. Y usted sabe
cómo piensa y cómo vive.
Si eso, señor, no es verdad,
él lo escuchará gustoso;
yo seré de su hija esposo.

EDUARDO. Concluyó nuestra amistad.

CARLOS. Nuestra mútua ruina labra
lo que en sus labios he oido.

EDUARDO. ¡Basta, Cárlos!

CARLOS. Yo he venido
á recoger mi palabra.

EDUARDO. Libre es usted.

CARLOS. ¡Ni un consuelo
á mi esperanza le dá?
Si Matilde...

EDUARDO. ¡Basta ya!

CARLOS. ¡Don Eduardo! (Saludando.)

EDUARDO. (Fuera de sí.) ¡Dios del cielo!

ESCENA VIII.

EDUARDO.

¡Oh! ¡si! por distintos modos
saben la senda que sigo
y todos rompen conmigo...
¡bien! yo romperé con todos...
¡y ya no puedo triunfar!
protestan mis pagarés,
y de ese mundo á los pies
por fuerza me he de arrastrar.
No tengo nada. Mañana
vendrán á echarme de aquí,
y ya todo lo perdí
y no hay esperanza humana.
Mi hija le amaba. No sé...
y sin duda lo sabrá...
mi padre... ¿qué hago yo ya?
¡Mente mia, inspírame!

ESCENA IX.

DICH0, ISABEL, por la derecha.

ISABEL. ¡Eduardo! (Con entereza y frialdad.)

EDUARDO. ¡Isabel!

ISABEL. Yo soy:
desde la fatal escena
de anoche...

EDUARDO. Con honda pena
de ella voy á hablarte hoy.
Perdona, fué un arrebato.

ISABEL. Yo de eso no quiero hablar.
Desde anoche, en redactar
pensé de mi hija el contrato,
y quiero...

EDUARDO. Inútil afan...
ya Matilde no se casa
con Cárlos.

ISABEL. Dime, qué pasa?

(Pausa. Vé en el suelo el papel arrugado, y le coge desdoblándole.)

Estas líneas lo dirán.

EDUARDO. ¡Oh! ¡qué vergüenza!) Isabel...

(Queriendo recoger el papel.)

ISABEL. «El que su fortuna juega
»y al torpe vicio se entrega...» (Leyendo.)

EDUARDO. Basta; dáme ese papel...

ISABEL. Soy su madre, y en sus penas (Deteniéndole.)
tengo yo los ojos fijos.

«No quiero yo que tus hijos
»tengan vil sangre en sus venas.» (Leyendo.)

EDUARDO. ¡Oh! ¡calla!

ISABEL. Conque es decir

que á tu fortuna perdida
y á mi desdichada vida
debemos hoy añadir
de mi hija el triste llanto,
de un anciano la aflicción...
dime tú, ¿por qué razon
tenemos que sufrir tanto?

EDUARDO. Ya no es hora de explicar
lo que no tiene remedio.
Ahora es fuerza hallar un medio
que pueda el daño enmendar.
Todo perdido: mi firma
en pagarés empeñada.

ISABEL. Esa desdicha ignorada (Con ironia.)
este papel la confirma!

EDUARDO. ¡Sí! (Con desaliento.)

Ahora bien ¡Matilde ya
no se casa! ¡aunque alguien note
lo que sucede... su dote
pudiera salvarnos!...

ISABEL. (Retrocediendo.) ¡Ah!

EDUARDO. ¡Él puede!...

ISABEL. ¿No hay en tu ser
¡me aterra tanta verdad!...
ni ideas de dignidad,
ni nociones de deber?
¿No hay en ese alma viciada
una conciencia que grita,

ni en esa mente se agita
una inspiracion honrada?...
¿Tanto el vicio al hombre obceca,
tanto al bien niega el oido,
que en criminal pervertido
al hombre y al padre trueca?...
del mundo la indignacion,
esta ofensa palpitante (Sañalando la carta.)
aun no te dicen bastante?...

EDUARDO. (Con fuego y ex'ravio.)

¡Una pasion!

Roto del deber el dique
nada vence á su coraje.
¿En su terrible lenguaje
qué quieres que yo te explique?
¿Qué puedes tú comprender,
alma pura y virgual,
de esa embriaguez mortal
que trastorna nuestro ser?
¡Para tí, mudo el tapete
nada al verle te hablaria,
á mí su presencia fria
veinte vidas me promete!...
¡Ardo y sucumbo en su fuego,
huyo de él!... ¡vuelvo iracundo!...
¿qué me importan... yo y el mundo?
¿Sabes tú lo que es el juego?...

ISABEL.

¡Si; lo sé!... por tu experiencia...
el fuego es una pasion
que ahoga en el corazon
el grito de la conciencia...
Que ofrece á la juventud
una vejez prematura,
y seca en el alma impura
el riego de la virtud!...
¡En ese inmundo tapete,
del que el lenguaje no entiendo,
que al jugador sonriendo
veinte vidas le promete...
de las cuales ni una envidio...
nacen en loco arrebató
el robo... el asesinato...

el deshonor... el suicidio!...
¡Sé lo que es un jugador!...
¡un ser sin patria ni hogar,
un hombre que vá á entregar (Con desprecio.)
á otro su vida y su honor!...
¡Un ser sin Dios ni conciencia,
que con que á su vicio cuadre,
juega, aun viviendo su padre,
del padre la santa herencia!

EDUARDO. ¡Isabel!... (Queriendo hacerla callar.)

ISABEL. (En el colmo del desprecio.)

Te oí tambien...

óyeme tu sin rigor...

Yo te pinto al jugador...

di... tú si le pinto bien!... (Pausa.)

Un hombre que como ves,
hasta en sus instintos fiero...

roba á su padre primero...

roba á sus hijos despues...

EDUARDO. ¡Isabel!... (Fuera de sí.)

ISABEL. Los criminales (Sin oírle.)

roban para enriquecer

á sus hijos: el placer

de verlos á otros iguales,

suele encender su furor...

su amor está en ellos fijo...

pero ir á robar á un hijo

eso solo un jugador!...

EDUARDO. Isabel... ¡Calla!... (Amenazador.)

ISABEL. No... ¡No!....

Concluye ya tu carrera

con el crimen; ¡en tu esfera

te estoy estorbando yo!

EDUARDO. ¡Oh! ¡Calma! (Queriendo dominarse.)

SABEL. Sin mí, hasta el pan

de Matilde jugarías...

EDUARDO. ¡Calla! hay ideas impias
que aqui germinando estan.

ISABEL. Dálas rienda suelta pues....

sé criminal en buen hora...

Yo te odio... mátame ahora

si me has de matar despues!

EDUARDO. ¡Isabel... no puedo mas!...

(En el colmo del furor.)

ISABEL. Como tu pasión lo exija...

hoy robarás á tu hija...

mañana la venderás...

EDUARDO. Míserable...

(Se vuelve y abre un cajón de su buró, de donde saca una pistola; mientras huye Isabel dando un grito, el Coronel sale y se interpone con rapidez entre los dos. Al volverse Eduardo amenazando á Isabel con la pistola, vé á su padre, dá un grito y retrocede espantado. Cuadro.)

ISABEL. (Huyendo.) ¡Ah!...

EDUARDO. (Retrocede.) ¡Dios; mi padre! (Pausa.)

ESCENA X.

ISABEL, EDUARDO, el CORONEL.

COR. ¡Mientes!... yo no te dí el ser!...

y me harás aborrecer (Espacio.)

la memoria de tu madre!

Ves el llanto en las mejillas

de la que á tu hija defiende

y la voz de Dios te ofende...

¡De rodillas!... de rodillas!

Alzando la voz. Eduardo cae aterrado.)

EDUARDO. ¡Oh!

COR. Mi nombre has deshonrado

y yo por tí he respondido...

de la casa en que ha nacido

á este viejo has arrojado...

Paga con mi tumba pues

de tu firma el descubierto.

Tu pobre padre, que ha muerto,

pone su herencia á tus pies.

EDUARDO. Yo...

COR. Ni una frase en tu mengua

vierta aquí tu boca impia;

donde está hablando la mia

ya no puede hablar tu lengua!

¡Adios!... bástente esos bienes

para seguir tu destino...
¡de la vida en el camino
ni hogar ni familia tienes!...
Sembrastes el mal fecundo,
y por perjuro é impio
te maldi... (Eduardo se levanta.)

ISABEL. (Con un grito desgarrador.)
¡No... padre mio,
que ya está solo en el mundo!
(Pausa.)

COR. Retiro mi maldicion...
Dios á mi lengua perdone
y tu alma no abandone...

EDUARDO. (Despues de una lucha horrible.)
¡Isabel... Padre... perdon!...
(Con un grito del alma y cayendo sollozando.)
¡Dios desde su excelso trono
vé lo que pasa en mi pecho!

COR. ¡Todo el daño que me has hecho,
Eduardo, olvido y perdono!

EDUARDO. (Sollozando.)
¡Yo seré digno, señor,
de ese perdon sacrosanto!...
¡mi vida en perpétuo llanto
sumiré y negro dolor!...
Trabajaré con afan,
la casa rescataré
de mi padre y viviré
con un pedazo de pan!...

(En el colmo de la desesperacion.)
COR. Que Dios tus pasos dirija...
todos allí te aguardamos
y á esperar tu vuelta vamos...

EDUARDO. La mano... padre.

COR. (Haciéndole callar.) (¡Tu hija!)
(Rápidez. Eduardo se levanta, Isabel se enjuga el
llanto, Matilde entra por la derecha.)

ESCENA XI.

DICHOS y MATILDE.

COR. Ya está todo concluido...

- y Carlos espera...
- MAT. (Con alegría.) ¡Ah!
pero... ¿no viene papá? (Con extrañeza.)
- COR. ¡Vendrá!... yo le he decidido...
(Mientras Isabel y Matilde hablan aparte, el Coronel dá á Eduardo, que no se atreve á mirarle, el pliego que le dió Carlos.)
(Toma... Con ese papel debes llegar á la Habana.—
Págalo todo, y mañana parte. ¡Tu suerte está en él!)
(Se retira á hablar con Matilde.)
- EDUARDO. ¡Isabel! (Conmovido.)
- ISABEL. Lo olvido.—¡Adios! (Le dá la mano.)
- MAT. ¡Papá... no tardes!...
- EDUARDO. (Fingiéndose sonreir.) ¡Dos dias...
lo mas!... De tus alegrías
¿cómo no correr en pos? (La abraza.)
(¡Oh! ¿si mas no la veré?)
- COR. (¡Siga tu arrepentimiento
y yo moriré contento!...)
(Le bendice con la mano derecha, sin que Eduardo lo vea, y mira al cielo mientras dá la mano izquierda á su hijo, que él besa con efusion.)
¡Te esperamos!...
- EDUARDO. (Con fé entera y solemne.) ¡Volveré!...
(Cae el telon, antes de salir de la escena el Coronel, Matilde é Isabel.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado el drama Estudio del natural, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 3 de Febrero de 1865.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMATICAS

DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

- EL AMOR Y LA MODA..... Comedia en un acto y en verso.
QUIEN Á CUCHILLO MATA..... Comedia en un acto y en prosa.
PEDRO EL MARINO..... Comedia en un acto y en prosa.
EL CUELLO DE LA CAMISA.... Comedia en tres actos y en verso.
A CAZA DE CUERVOS..... Comedia en tres actos y en prosa.
LAS TRES NOBLEZAS..... Comedia en tres actos y en verso.
UN EMBUSTE Y UNA BODA.... Zarzuela en dos actos y en prosa.
TODO SON RAPOTOS..... Zarzuela en un acto y en verso.
EN PALACIO Y EN LA CALLE... Drama en tres actos y en verso.
UNA NUBE DE VERANO. (Tercera edición.) Comedia en tres actos y en verso.
LANUZA Drama en tres actos y en verso.
UNA VÍRGEN DE MURILLO ¹... Comedia en tres actos y en verso.
EL BESO DE JUDAS..... Comedia en tres actos y en verso.
UNA LÁGRIMA Y UN BESO..... Drama en cuatro actos y en verso.
LA FLOR DEL VALLE. (Segunda edición.)..... Drama en tres actos y en verso.
LA PLUMA Y LA ESPADA..... Drama en tres actos y en verso.
BATALLA DE REINAS..... Comedia en cinco actos y en prosa.
EL AMOR Y EL INTERES (Segunda edición.)..... Comedia en tres actos y en verso.
LA PLANTA EXÓTICA (Segunda edición)..... Drama en tres actos y en verso.
LA PALOMA Y LOS HALCONES... Comedia en tres actos y en verso.
EL REY DEL MUNDO..... Comedia en tres actos y en verso.
LA PERLA NEGRA..... Zarzuela en tres actos y en prosa.
LA ORACION DE LA TARDE (Quinta edición.)..... Drama en tres actos y en verso.
-

1 En colaboración con D. Luis de Eguilaz.

LOS LAZOS DE LA FAMILIA (Segunda edicion).....	Drama en tres actos y en verso.
¡RICO... DE AMOR!.....	Drama en tres actos y en prosa.
BARÓMETRO CONYUGAL.....	Comedia en tres actos y en prosa.
LA BOLSA Y EL BOLSILLO.....	Comedia en tres actos y en prosa.
EL MARQUÉS Y EL MARQUESITO.	Comedia en tres actos y en prosa.
LOS INFIELES. ¹	Comedia en tres actos y en verso.
FLORES Y PERLAS. (Tercera edicion.).....	Drama en tres actos y en verso.
LA AGONIA.....	Drama en un acto y en verso.
¡DIOS SOBRE TODO!.....	Comedia en tres actos y en verso.
LAS HIJAS DE EVA ² (Segunda edicion).....	Zarzuela en tres actos y en verso.
EL HOMBRE LIBRE.....	Comedia en cuatro actos y en verso.
LA PRIMERA PIEDRA.....	Drama en tres actos y en verso.
ESTUDIO DEL NATURAL.....	Drama en tres actos y en verso.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

TRES NOCHES DE AMOR Y CELOS.	Novela original en dos tomos.
LA GOTA DE TINTA.....	Novela original en dos tomos.
EL LIBRO DE LAS MUJERES....	Obra traducida en un tomo.

1 En colaboracion con D. Narciso Serra
2 Música de D. Joaquin Gaztambide.

y María.
 en 1818.
 lá vista de pájaro.
 obre hojuelas.
 y Blanco.
 o se entiende, ó un hom-
 mido.
 a contra nobleza.
 odo oro lo que reluce.
 a.
 to de enmienda.
 rio revuelto.
 y por él.
 ridas las de honor, ó el
 vicio del Cid.
 uerta del jardín.
 o caballero es D. Dinero.
 veniales.
 y castigo, ó la conquis-
 Ronda.
 vido al Coronell...
 ucho abarca.
 rte la mía!
 s el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
 Rival y amigo.
 Su imágen.
 Se salvó, el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena
 Sobresaltos de un marido.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.
 Trabajar por cuenta ajena.
 Todos unos.
 Un amor á la moda.
 Una conjuración femenina.
 Un dómine como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco

Uno de tantos.
 Un marido en suerte;
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemarropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitánica.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de corte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un si y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
 s buena ley.
 as feo.
 la Gitana.
 Marte.
 lora.
 ando.
 quita.
 nto, ó el Alcalde pro-
 er.
 o.
 le una ópera.
 y la maja.
 el hortelano.
 en Marruecos.
 la ratonera.
 nono.
 carnaval.
 rama lírico.)
 de la Rioja (*Música*)
 de Letorieres.

El mundo á escape.
 El capitan español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanas. (*Música.*)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del Buen Retiro.
 Loco de amor y en la corte.]
 La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.
 La Jardinera (*Música*)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del Valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.]
 Los herederos.

Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almeria.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered. de Andrión.
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérída.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.